



PASTOR MÚSICO, detalle de la Adoración de los Pastores en el retablo mayor. Damián Forment, 1509-1512. El Pilar, Zaragoza.

realizado en dos fases: sotabanco y banco con una ampliación del proyecto inicial, y el cuerpo se contrataba en marzo de 1512. El retablo se terminaba en 1518. Esta primera fase se capitulaba el 1 de mayo de 1509 y comprendía el sotabanco y banco, llamado en la época "pie".

Este retablo innovó verdaderamente el panorama de la plástica aragonesa y se trata de la obra más autógrafa de ejecución de de todas las conservadas de Damián Forment y de manera particular en esa zona inferior, en cuyo sotabanco se autorretrató. En ella hay un trabajo de gran calidad y muy minucioso, además, el escultor concilia un naturalismo del último gótico con los modelos del Renacimiento italiano y centroeuropeo. Hay detalles primorosos como el cestillo de la labor colocado en la escena de la *Anunciación*, cuyos personajes protagonistas parten de modelos que el pintor Paolo de San Leocadio hizo en obras de Valencia. Lo mismo que en otros relieves la referencia es Leonardo o los Hernandos. La inspiración en grabados de Alberto Durero se advierte claramente en el *Abraso ante la Puerta Dorada*.

Una de las escenas más bellas es la que representa la *Adoración de los pastores* y en este relieve nuestro escultor ilustra el relato evangélico con gran encanto y en perfecta conjunción lo sagrado con lo profano. Hace una minuciosa descripción de las herramientas de carpintero (capazo y la sierra), las aves del portal y el muro donde anida la golondrina. Lo mismo se puede decir de los instrumentos musicales del pastor colocado en lugar preferente: rabelico con el clavijero mutilado en la mano derecha, las flautas de caña y el cuerno a la cintura. Su cabeza indica también un conocimiento de la escultura clásica y el resto de los personajes remite a modelos del Renacimiento italiano.

El banco del retablo del Pilar de Zaragoza es un ejemplo del doble lenguaje artístico que en las dos primeras décadas del siglo XVI se dio en los retablos españoles. Si las imágenes de esta obra representan el nuevo modelo italiano que se estaba introduciendo, por el contrario la traza del retablo y la mazonería son góticas.

## Felipe de Habsburgo, Archiduque de Austria y Rey de Castilla (1478-1506)<sup>1</sup>

JOSÉ MANUEL CALDERÓN ORTEGA\*

EL ARCHIDUQUE FELIPE NACIÓ EN BRUJAS el 22 de junio de 1478, hijo primogénito del matrimonio de Maximiliano de Austria y María de Borgoña. El nacimiento fue recibido con enorme alegría por las grandes ciudades y territorios de sus estados patrimoniales ya que, por primera vez, tendrían un "príncipe natural"<sup>2</sup> y, lógicamente, al corresponderle la herencia de sus padres, su destino se anunciaba grandioso. Año y medio después nació una niña, que recibió el nombre de Margarita en honor de su abuela materna.

La duquesa María, amada por su pueblo como pocos gobernantes antes que ella, murió el día 27 de marzo de 1482 a los venticinco años de edad y no cabe duda de que Felipe fue consciente de lo que estaba ocurriendo. Evidentemente, con la muerte de su madre comenzó una nueva etapa para ambos hermanos, criados por extraños y alejados cada vez más de su padre ya que Maximiliano estaba ocupado en una difícil guerra contra Francia, encontrando resistencias cada vez mayores entre los consejeros de sus hijos porque eran partidarios de solucionar de forma pacífica los conflictos con el rey francés<sup>3</sup>.

En esta pugna los grandes perdedores fueron los niños porque el Tratado de Arras, firmado con Francia a finales de 1482, impuso su separación. Margarita, de dos años, fue conducida a Francia para ser educada hasta el momento de la boda con su rey Carlos VIII. También Maximiliano hubo de aceptar condiciones muy duras para conservar la regencia de Felipe ya que el niño, pese a su corta edad, fue convertido en objeto de negociación política entre su padre y el consejo de regencia establecido en el testamento de María de Borgoña<sup>4</sup>.

\* Universidad de Alcalá de Henares.

<sup>1</sup> Este trabajo constituye un resumen muy reducido de la obra de PÉREZ BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. M., *Felipe I, 1506*, Valladolid, 1995 y también de la de CALDERÓN ORTEGA, J. M., *Felipe el Hermoso*, Madrid, 2001 y 2008.

<sup>2</sup> El cronista Jean Molinet comparaba su nacimiento con el de Cristo "él será el bastón de nuestra vejez, la gloria de nuestro país, el fuerte brazo de nuestras querellas, la espada de nuestros enemigos y el puerto de nuestra salud". *Chroniques de Jean Molinet*, publiées par Doutrepoint, G. y Jodogne, O., Académie Royale de Belgique, I (1474-1488), II (1488-1506), Bruselas, 1935, p. 273.

<sup>3</sup> Los representantes de los países borgoñones no se oponían a admitirle como regente de Felipe pero aprovecharon su debilidad política, imponiendo que los niños residieran en cada uno de los estados hereditarios y privándole de toda iniciativa y autoridad. Maximiliano, siempre falto de dinero y tropas, no tuvo más remedio que aceptar una situación que únicamente le reconocía un título vacío, convirtiendo a las provincias en tutoras temporales de sus hijos.

<sup>4</sup> María de Borgoña tuvo tiempo de dictar su testamento el 24 de marzo de 1482 y en él disponía que ocupara la regencia de los estados borgoñones su esposo Maximiliano de Austria, pese a que en el contrato matrimonial había quedado perfectamente determinado que no tendría derecho a la herencia de su esposa. Dicho consejo de regencia estaba integrado por Adolfo de Clèves, señor de Ravenstein, Felipe de Borgoña, señor de Weveren y almirante, Luis de Brujas, señor de Gruunthuuse y el camarlengo de Felipe Adrian de Vilain, de Gante. Sobre la figura de María de Borgoña, resulta de interés la consulta de la monografía de DUMONT, G. H., *Marie de Bourgogne*, París, 1982.

Curiosamente, muy pronto el resto de las provincias comprendieron que su causa se identificaba con la de Maximiliano, porque no podían abandonar a su “Príncipe Natural” en manos de los flamencos ni consentir que se les impidiera tener parte en la regencia del futuro archiduque. Esta actitud animó a Maximiliano a cesar al consejo de regencia en octubre de 1483, haciendo publicar en todo el país la justificación de su conducta y las acusaciones de violencia política sobre la persona de su hijo.

Afortunadamente, las pugnas entre Maximiliano y los flamencos no llegaron a mayores, al mismo tiempo que Felipe continuaba su crianza alejado de su padre y en manos de los consejeros. Sin embargo, parece que se mantuvo el cariño entre padre e hijo como se aprecia claramente en las ocasiones en que ambos se reunieron, especialmente en 1486 cuando Maximiliano fue a Malinas después de su coronación como Rey de Romanos o poco después en Bruselas, acompañando al emperador Federico III.

Estas celebraciones apenas servían para disimular las diferencias entre Maximiliano y los súbditos de su hijo, que estallaron nuevamente con enorme gravedad en 1488 cuando el Rey de Romanos fue apresado por los burgueses de la ciudad de Brujas. Finalmente Maximiliano recobró la libertad aunque su orgullo resultó malparado. Además el episodio inició una nueva etapa de conflictos políticos en los Países Bajos, al entrar el Rey de Francia nuevamente en escena porque estaba muy interesado en crear dificultades a la dinastía austriaca<sup>5</sup>.

Años después, en 1493, los problemas comenzaron a resolverse, pues Maximiliano firmó con el Rey de Francia la Paz de Senlis, en virtud de la cual Carlos VIII devolvía la dote de Margarita de Austria, a la que había repudiado como futura mujer y otras importantes posesiones borgoñonas. A cambio, los Habsburgo renunciaban a la guerra como medio de recobrar el ducado de Borgoña<sup>6</sup>.

El emperador Federico III murió pocos meses después de la firma del tratado de Senlis. Maximiliano fue llamado al gobierno del Imperio y, desde ese momento, ya no pudo justificar la regencia de los estados de su hijo, además, los enormes problemas a los que debía enfrentarse facilitaron el abandono de los asuntos borgoñones, negociando con los consejeros de su hijo la renuncia a cambio de una gran indemnización.

El 9 de septiembre de 1494, Felipe hizo su “Alegre Entrada” en Lovaina como duque de Brabante acompañado de su padre, lo que significaba la inauguración de un nuevo reinado. Nuevamente volvía a la vieja tradición de los duques de Borgoña de recorrer las capitales de las provincias al comenzar su gobierno<sup>7</sup>.

El nuevo archiduque fue recibido en todas las ciudades con grandes muestras de entusiasmo popular. Sus súbditos esperaban que el nuevo gobierno de su “Príncipe natural” sirviera para solucionar los problemas que habían padecido durante los últimos años. Fue el primer duque popular y con él, la Casa de Borgoña se convertía en garante de la independencia los Países Bajos.

Felipe inauguró un sistema político, cuya característica principal sería el compromiso entre los derechos del príncipe y los de las provincias. Los extranjeros fueron desapareciendo del consejo

<sup>5</sup> Sobre los acontecimientos más importantes de la vida de Felipe durante sus primeros años, resulta de interés la consulta de la ya mencionada obra de PÉREZ BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. M.

<sup>6</sup> Sobre el desarrollo de estos acontecimientos, continúa constituyendo una referencia obligada la consulta del clásico de WIESFLECKER, H., *Kaiser Maximilian I*, Viena, 1971.

<sup>7</sup> Resultan de gran interés las reflexiones del profesor Cauchies acerca de la significación política de las entradas principescas en los Países Bajos, realizadas por Maximiliano y Felipe, celebradas como manifestaciones de legitimidad, como un contacto directo y colectivo dentro de la legalidad y en relación con la importante cuestión de la autonomía de los Países Bajos. CAUCHIES, J. M., “La signification politique des entrées princieères dans les Pays Bas: Maximilian d’Autriche et Philippe le Beau”, *Fêtes et ceremonies aux XIV<sup>e</sup>-XVI<sup>e</sup> siècles*, n.º 34, Neuchatel, 1994.

ducal y en adelante los estados generales, en representación de los distintos territorios, estarían destinados a dirigir con el archiduque la política exterior<sup>8</sup>.

El gran acontecimiento de política internacional que protagonizó en esta primera etapa de gobierno fue la celebración de un acuerdo comercial con Inglaterra, el *Intercursus Magnus*, que restableció la circulación mercantil entre ambas orillas del Canal. Firmado el 24 de febrero de 1496, los efectos beneficiosos que produjo aumentaron todavía más la popularidad de su gobierno.

Poco después, Felipe viajó a Innsbrück para visitar a su padre, produciéndose la ruptura entre ambos por razones de incompatibilidad política. La crisis fue de tal gravedad, que Maximiliano expulsó a Francisco Busleyden, arzobispo de Besançon, principal ministro de su hijo.

## Bodas principescas

Los reyes de Castilla y Aragón intentaban establecer un sistema de alianzas que incluyese a Portugal, a Inglaterra y a la Casa de Habsburgo, favoreciendo los intercambios mercantiles desde el Golfo de Vizcaya, ruta esencial en la Europa del siglo XV. El objetivo de su política era oponerse al imperialismo de Francia, que proyectaba una hegemonía mediterránea al convertirse en el más rico y poblado de los estados europeos.

Los resultados de dicha política serían el matrimonio de Manuel de Portugal con Isabel, hija de los reyes de España, la boda de Arturo, príncipe de Gales con la infanta Catalina y los matrimonios borgoñones<sup>9</sup>.

Los primeros intentos fracasaron por la oposición del Rey de Francia, pero las posteriores negociaciones con Maximiliano tomaron un cariz tan favorable que Fernando e Isabel nombraron un embajador, con la misión de negociar el doble matrimonio de Felipe y Margarita con sus hijos Juan y Juana<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Este programa de gobierno venía favorecido por el ambiente en el que se había educado Felipe, a cargo de señores belgas y neerlandeses que sólo consideraron su condición de gobernante de los Países Bajos descuidando sus intereses patrimoniales en Austria e, incluso, no enseñándole alemán. Así, fue distanciándose tanto de las concesiones realizadas por su madre cuanto de los esfuerzos de su padre por construir un estado unificado, tomando importantes decisiones en la reorganización interior. CAUCHIES, J. M., “L’archiduc Philippe d’Autriche dit le Beau (1478-1506)”, *Handelingen van de Koninklijke Kring voor Oudheikunde, Letteren en Kunst van Mechelen*, Malinas, 1992, pp. 46-55.

<sup>9</sup> SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., “Las relaciones de los Reyes Católicos con la Casa de Habsburgo”, *Hispania-Austria, Los Reyes Católicos, Maximiliano I y los inicios de la Casa de Austria en España, Actas del Coloquio Histórico*, Innsbrück, julio de 1992, Munchén, 1993, pp. 38 y ss., que constituye un resumen de sus trabajos *Política Internacional de Isabel la Católica*, Valladolid, 1965-72 y *Los Reyes Católicos*, Madrid, 1989-90 y, por supuesto, de su clásica obra “La España de los Reyes Católicos”, en *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, t. XVII (2 vols.), imprescindible y de obligada referencia para cualquier estudio sobre esta época histórica. Mucho más recientemente PÉREZ, J., “Fernando el Católico y Felipe I el Hermoso”, *Las Cortes y las Leyes de Toro de 1505, Actas del Congreso conmemorativo del V Centenario de la celebración de las Cortes y de la publicación de las Leyes de Toro de 1505*, Valladolid, 2006, pp. 161-172, monografía de síntesis con un muy reducido aparato crítico y olvido de aportaciones recientes como las de Aram o Calderón Ortega.

<sup>10</sup> El embajador Francisco de Rojas mantuvo con Maximiliano numerosas entrevistas durante 1494, que culminaron en enero del año siguiente con la firma del convenio para el doble matrimonio. Los aspectos más interesantes hacían referencia a la fecha de la boda, estableciendo además una renta anual para el mantenimiento de las novias de acuerdo con su rango. Todo ello habría de cristalizar en una alianza total, general y perpetua. KOHLER, A., “Die dynastische Politik Maximilian I”, *Hispania-Austria, Los Reyes Católicos, Maximiliano I y los inicios de la Casa de Austria en España, Actas del Coloquio Histórico*, Innsbrück, julio de 1992, Munchén, 1993, pp. 29-38. Los documentos concernientes a las capitulaciones para el matrimonio entre Felipe y Juana, en, HULST, H. d., *Le mariage de Philippe le Beau avec Jeanne de Castille à Lierre le 20 octobre 1496*, Amberes, 1958.

Felipe y su hermana Margarita firmaron en Malinas el 5 de noviembre de 1495 el contrato que decidió la doble boda. Parecía una revancha de Maximiliano sobre los consejeros de su hijo, una victoria de la política austriaca sobre la política borgoñona. Los ministros belgas no disimularon su enfado, redoblando las conversaciones con el rey de Francia para calmar sus sospechas.

Finalmente, las negociaciones diplomáticas terminaron y también la ceremonia de las bodas por procuración, por lo que únicamente quedaba el traslado de las novias a sus nuevos países para dar cumplimiento a los acuerdos.

En esos momentos tuvo lugar la primera decepción de Juana de Castilla porque Felipe no había acudido a recibirla, al encontrarse en tierras austríacas llamado por su padre Maximiliano pero, al menos, tuvo ocasión de conocer a su cuñada Margarita, que la recibió con mucho cariño convirtiéndose en su acompañante en la ciudad de Middelburg durante el tiempo que esperaron el desembarco del equipaje. En dicha ciudad recibieron instrucciones para continuar el viaje y la infanta castellana fue a Amberes acompañada por un interminable cortejo, llegando el 19 de septiembre de 1496.

Juana sufrió una nueva desilusión, pues enfermó de tercianas, debiendo guardar reposo en compañía de sus damas españolas hasta que unos días después llegaron a Amberes Margarita de York y su cuñada Margarita, para excusar el retraso cada vez más injustificado de Felipe<sup>11</sup>.

Ajena a estas maquinaciones, la infanta española llegó a la pequeña ciudad de Lierre, acompañada de los principales nobles castellanos y de Busleyden, para esperar la llegada de Felipe. El encuentro finalmente tuvo lugar el 19 de octubre cuando el archiduque hizo su entrada al frente de un brillante cortejo de consejeros y cortesanos, instalándose en el antiguo palacio de los duques, el albergue abacial de San Bernardo.

La ceremonia de las bodas fue espectacular porque nadie mejor que sus súbditos para organizar este tipo de celebraciones cortesanas y, lógicamente, no faltó lo más granado de la nobleza, los delegados de las provincias de los Países Bajos, el alto clero y los miembros del gran consejo de Malinas, llegados para prestar su homenaje a los nuevos esposos<sup>12</sup>.

Los archiduques partieron hacia Amberes una vez finalizadas las fiestas y posteriormente a Bergen, donde el archiduque presidió la asamblea de la Orden del Toisón de Oro, al mismo tiempo que Juana hizo su "Alegre entrada" en Bruselas el 9 de diciembre de 1496.

Pasadas las celebraciones, los Reyes Católicos comenzaron a recibir inquietantes noticias sobre la situación de desamparo de Juana en tierras lejanas, entre ellas que Felipe incumplía una de las cláusulas principales del contrato de matrimonio al despreciar a los españoles que habían viajado con su esposa, nombrando a personas de su confianza para los principales puestos domésticos<sup>13</sup>. La infeliz Juana empezaba a ser víctima de los consejeros de Felipe, porque habían

<sup>11</sup> Sin duda debieron contarle que había viajado a Innsbrück en primavera para entrevistarse con su padre Maximiliano, pero los problemas políticos le habían retenido en contra de su voluntad aunque, evidentemente, no le dijeron que las cosas se habían complicado extraordinariamente por la incompatibilidad de sus intereses. Además, se había producido la ruptura total entre el rey de Romanos y Francisco de Busleyden –arzobispo de Besançon–, antiguo tutor y principal ministro de Felipe, porque Maximiliano no podía abandonar a su heredero en manos de sus consejeros ni permitirle convertirse en monarca independiente. Esta circunstancia afectó mucho a Felipe y parece que en adelante buscó la manera de demostrar su desagrado por un casamiento en el que no había intervenido, convirtiendo a Juana en el blanco de la ira contra su padre. Así, cuando recibió la noticia de su llegada estaba en el condado del Tirolo, pero no demostró ninguna prisa en reunirse con ella.

<sup>12</sup> Para una descripción de las bodas, PÉREZ BUSTAMANTE, R., y CALDERÓN ORTEGA, J. M., *Ob. cit.* pp. 63 y ss.

<sup>13</sup> Cuando Juana llegó a los Países Bajos, su séquito estaba integrado por noventa y ocho hombres y once mujeres. Ya en marzo de 1497 sólo dieciséis se quedaron con la archiduquesa, es decir, que setenta nuevos acompañantes habían asumido puestos en la casa de Juana, casa que empezaron a reorganizar siguiendo el modelo borgoñón. ARAM, B., *La reina Juana...*, pp. 77 y ss.

entendido que los pactos matrimoniales diseñados por Maximiliano representaban la victoria de la política austriaca sobre la borgoñona<sup>14</sup>. Si a esta circunstancia se le añade la propia personalidad de la joven pareja puede entenderse que surgieran pronto desavenencias, agravadas por la carencia de medios económicos de la archiduquesa y los servidores de su casa<sup>15</sup>.

Apenas un año después de los matrimonios existía una crisis entre los Reyes Católicos y la Casa de Austria. El deterioro de las relaciones obedecía a varias razones y todas ellas, desde el lado español, responsabilidad de Felipe como su francofilia, la pretensión de titularse príncipe de Asturias después de la muerte de su cuñado Juan y sus problemas conyugales, que fueron conocidas muy pronto por Fernando e Isabel<sup>16</sup>.

Los reyes españoles enviaron en misión diplomática especial a Sancho de Londoño y a fray Tomás de Matienzo a Inglaterra y luego a Flandes para conseguir información fiable de lo que estaba aconteciendo<sup>17</sup>, pero el archiduque continuaba con su política al jurar solemnemente el 15 de agosto de 1498 la Paz de Bruselas, entre cuyos principales capítulos se contenía el compromiso de no reclamar durante su vida Borgoña ni Picardía, haciendo homenaje por el condado de Flandes. A cambio el Rey de Francia prometió darle tres villas en Artois<sup>18</sup>.

El embajador fray Tomás de Matienzo era un inquisidor y había sido informado por la reina Isabel de ciertas irregularidades de la vida espiritual de la infanta, básicamente el descuido de sus deberes religiosos y su correspondencia aporta valiosas noticias sobre las relaciones entre los esposos, además del avanzado estado de gestación de Juana<sup>19</sup>.

Finalmente el 16 de septiembre de 1498 nació Leonor y muy pronto corrió el rumor en España de que el archiduque había quedado defraudado por no ser un hijo varón<sup>20</sup>, aunque resulta imposible saber si en algún momento hubiera podido recriminar a su mujer, pero sin duda Juana pasó por situaciones desagradables que contó a Matienzo<sup>21</sup>.

En adelante, la política de los Reyes Católicos iba a consistir en restaurar sus maltrechas relaciones con los Habsburgo negociando un nuevo tratado de alianza. Para ello enviaron como embajador extraordinario a don Juan Manuel, señor de Belmonte, que parecía especialmente capacitado para una gestión duradera y eficaz en la corte de Felipe, pues era suegro de Balduino –el bastardo de Borgoña–, al que se uniría un año después el embajador Fuensalida, con la

<sup>14</sup> PIRENNE, H., *Histoire de la Belgique*, 4 vols, Bruselas, 1948-52, v. 3, p. 62.

<sup>15</sup> Muy recientemente, el estado psiquiátrico de Juana ha sido analizado por un prestigioso especialista, que concluye que padecía un descontrol de conducta motivado por la pasión femenina más agresiva y violenta, la celotipia, que le condujo a entablar con su marido un sinfín de riñas y recriminaciones y a desplegar una actitud de desconfianza hacia otras mujeres, algunas de las cuales no se librarían de sus ataques físicos. ALONSO-FERNÁNDEZ, F., "La madre, Juana de Castilla", *Socialización, vida privada y actividad pública de un Emperador del Renacimiento*, ed. ALVAR EZQUERRA, A., Madrid, 2004, pp. 111–133 [115].

<sup>16</sup> Un agudo análisis de la situación en SUÁREZ FERNÁNDEZ, "Las relaciones...", pp. 45–6.

<sup>17</sup> Incluso Maximiliano diría al embajador FUENSALIDA que "éste (Felipe) quería ser francés y estar so las alas del rey de Francia y ha hecho paz con él, y se contenta con que le devuelva tres pequeñas villas". BERWICK Y ALBA, duque de, ed., *Correspondencia de Gutierre Gómez de FUENSALIDA, embajador en Alemania, Flandes e Inglaterra (1496–1509)*, (en adelante FUENSALIDA), Madrid, 1907, pp. 71–7.

<sup>18</sup> Este comportamiento haría exclamar a Luis XII que Felipe era "más francés que el vino de Borgoña", PIRENNE, *Ob. cit.*, p. 63.

<sup>19</sup> "Está tan gentil y tan hermosa y gorda y tan preñada, que si Vuestras Altezas la viesan, habrían consolación", AGS, E, Leg, 52 n.º 112, 1 f.

<sup>20</sup> 1498. Septiembre 16. Bruselas. Tres cartas de Felipe dirigidas a Fernando, Isabel y su cuñada María, participando el nacimiento de la niña, en, *Biblioteca Nacional*, Manuscrito Reservado 226, n.º 111, 118 y 119.

<sup>21</sup> "Dixome que antes lo tenía (el ánimo) tan flaco y tan abatido que nunca vez se le acordaba cuan lexos estaba de Vuestra Alteza, que no se hartase de llorar en verse apartada de Vuestra Alteza para siempre", RODRÍGUEZ VILLA, A., *La reina doña Juana*, Madrid, 1892, pp. 33–37.



LAS BODAS ESPAÑOLAS. Anónimo alemán (copia según Albrecht Altdorfer y Georg Lemberger), c. 1606. Biblioteca Nacional, Madrid.

Estas primeras informaciones ejercieron una influencia decisiva en España porque fueron el único elemento de juicio de los Reyes Católicos para conocer la personalidad de Felipe, a quien Fuensalida, inducido por Juana, presentaba débil de carácter y dominado por ambiciosos consejeros atentos únicamente a su interés personal<sup>26</sup>.

## La herencia española

Casi inmediatamente después las relaciones entre los Países Bajos y España iban a tomar un rumbo completamente diferente, ya que el día 20 de junio de 1500 fallecía repentinamente el infante don Miguel, el heredero de los reinos peninsulares y la herencia recayó en Juana y en su marido extranjero, con intereses políticos y dinásticos muy distintos a los de los Reyes Católicos<sup>27</sup>.

<sup>22</sup> En adelante, los informes de éste último constituyen la mejor fuente de información de los Reyes Católicos al suministrar importantes noticias de la corte de los archiduques, aunque lógicamente desde la perspectiva de un hidalgo castellano que nunca consiguió comprender las motivaciones de la política de Felipe.

<sup>23</sup> "Musyor de Lucenburc es tan crecido y rezio que parece de un año; madama Leonor es tan biva y tan aguda, que en el entendimiento parece de hedad de cinco años". FUENSALIDA, pp. 138-9.

<sup>24</sup> "que es el que gobierna esta nao, y no se hace otra cosa sino lo que él ordena". FUENSALIDA, pp. 138-9.

<sup>25</sup> FUENSALIDA, pp. 138-144.

<sup>26</sup> "Yo le dixé que aquél gran inconveniente hera, mas que se podría tener un modo de ganar a éstos que le gobiernan, porque si el archiduque no se determina sin consejo dellos, que ganados aquéllos, hera ganado el archiduque...". FUENSALIDA, pp. 139-44.

<sup>27</sup> El acontecimiento significó un cambio radical en la vida del archiduque porque tuvo que replantear la política que había considerado hasta entonces más apropiada para los intereses de sus estados, finalizando el antagonismo con su padre Maximiliano y asociándose ambos en una curiosa inversión de papeles, ya que Felipe será el que dirija al Rey de Romanos gracias al ascendiente de su herencia española. SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *La España...*, pp. 494-5.

misión de intentar mejorar las relaciones entre Felipe y Juana, solicitando que ella tuviera más parte en el gobierno<sup>22</sup>.

Fuensalida escribió a los Reyes sus primeras impresiones en agosto de 1500, relatando una entrevista muy cordial con los archiduques y su visita a los pequeños Leonor y Carlos<sup>23</sup>, aunque más importante fue su valoración personal de los consejeros de Felipe, dedicando especial atención al arzobispo de Besançon, Francisco de Busleyden, al que consideraba el más importante de todos ellos<sup>24</sup> y su apreciación se vería confirmada en sucesivas entrevistas con Juana<sup>25</sup>.

Éstos también tuvieron que cambiar su política, encomendando a su embajador la misión exclusiva de convencer a los archiduques de viajar a España lo antes posible para ser jurados herederos<sup>28</sup>. Ni Felipe ni sus consejeros estaban dispuestos a aceptar imposiciones porque sólo él debía establecer las condiciones e, incluso, el momento más oportuno para realizarlo. Por ello, causó gran irritación en España su intención de enviar mensajeros para negociar con los Reyes Católicos los pormenores del viaje. No obstante hubo grandes discusiones entre los principales consejeros, Besançon y Berghes, para ser embajadores o al menos tener la facultad de designarlos<sup>29</sup>.

En esa misma época, los delegados de los Reyes Católicos y Luis XII de Francia firmaron en Granada el reparto del reino de Nápoles, en virtud del cual el rey francés obtendría los Abruzzos y la Tierra de Labor con título de rey y Fernando e Isabel los ducados de Calabria y Apulia.

Felipe comenzó a madurar el matrimonio de su hijo Carlos, entonces de seis meses de edad con Claudia, hija de Luis XII, aprovechando el clima de entendimiento hispano-francés. Juana informó a Fuensalida sobre la verdadera naturaleza de la embajada de Besançon a España, solicitar la autorización de los Reyes Católicos<sup>30</sup>.

Felipe se reunió con el embajador español a comienzos de enero, planteando una serie de dificultades que en su opinión podían suponer retrasos en el viaje a España. Sin embargo reservó cuidadosamente para el final su argumento decisivo, el nuevo embarazo de Juana, como razón principal para no realizarlo hasta después del alumbramiento<sup>31</sup>.

Este cambio de actitud tuvo repercusiones negativas en las relaciones de los esposos creando un ambiente tenso, que estalló con gran violencia cuando el consejero Chièvres pidió a la archiduquesa su firma en un documento. Juana se negó porque deseaba consultar primero a sus padres y Felipe recriminó duramente su actitud<sup>32</sup>.

El embajador español fue testigo de este episodio y en adelante no dejó de transmitir a los Reyes juicios negativos sobre Felipe, escribiendo que no tenía ningún interés en viajar a España y que sólo lo haría para hacer jurarse príncipe y volver inmediatamente<sup>33</sup>. Estos duros informes

<sup>28</sup> Para la génesis y desarrollo del viaje de los archiduques a España, vid. CALDERÓN ORTEGA, J. M., "El viaje de Felipe el Hermoso a España en 1502", *Actas del II Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, Madrid, 1996, t. II, pp. 321-31.

<sup>29</sup> El primero tenía un especial interés en viajar a España para "estar en gracia con los Reyes Católicos" y conseguir alguna dignidad eclesiástica. "como no tiene segura la gobernación de Flandes, querrá hacer su vida en España". Carta de 8 de octubre de 1500. FUENSALIDA, pp. 154-7.

<sup>30</sup> Finalmente viajaron dos embajadores, el arzobispo y Filiberto de Veyre y la designación de este último causó mala impresión, pues se le consideraba responsable de haber obstaculizado el matrimonio de la infanta Catalina en Inglaterra. El embajador español escribiría inmediatamente después a los reyes previniéndoles acerca de las ambiciones del arzobispo, al que atribuye una expresiva frase "yo soy tan cabezudo, que quando tomo una cosa por opinión, ella se ha de hazer o el mundo se ha de trastocar" y de su ascendiente sobre el propio Felipe, del que dirá "este señor no sabe comer sy el arzobispo de Bysançon no le dize que coma y es tan señor del, que yo no vy religioso que tanta obdydiencia tuviese a su mayor". Carta de 22 de noviembre de 1500, FUENSALIDA, pp. 165-6.

<sup>31</sup> La primera era la falta de dinero para acometer el viaje, proponiendo que pagasen los Reyes Católicos la enorme suma de cien mil florines. Además, mostró su preocupación por las discusiones que estaban apareciendo en su corte, por que distintos grupos discutían ya por la custodia de los pequeños durante la ausencia de los archiduques. Carta de 12 de enero de 1501, FUENSALIDA, pp. 168-71. Resulta evidente que intentaba por todos los medios retrasar el viaje como mínimo hasta el regreso de sus embajadores y los razonamientos de Fuensalida no le hicieron cambiar de opinión.

<sup>32</sup> Felipe dijo a su mujer que "no se demandaba vuestra firma y sello porque de ello haya necesidad, pues yo puedo en este caso asegurar que vos haréis lo que yo quisiere, más demandábase por vuestro honor, así que por esto no dejarán de partir los embajadores". Carta de 22 de marzo de 1501, FUENSALIDA, pp. 175-6.

<sup>33</sup> En esta carta, el embajador no ahorra descalificaciones sobre la persona de Felipe "tiene más ganas de ir al infierno que a España", ni tampoco olvidó el trato inhumano que recibía Juana, "la princesa es la que padece, y si su alteza no fuera tan guarnecida de virtudes no podía sufrir lo que ve, mas en persona de tan poca edad no creo que se ha visto tanta cordura", acusando al círculo de consejeros de los vicios y defectos de Felipe, quien parece poco dispuesto a "sufrir la gravedad del reinar". Carta de 22 de marzo de 1501, FUENSALIDA, pp. 175-82.

nuevamente preocuparon a los Reyes Católicos, que enviaron a Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Córdoba, con la finalidad de insistir en la necesidad de acelerar los preparativos del viaje pero también para averiguar la veracidad de los juicios de Fuensalida.

Los embajadores flamencos Besançon y Veyre estaban de regreso en Bruselas el 10 de junio, habiendo culminado con éxito su misión, ya que los Reyes Católicos habían autorizado las negociaciones para el matrimonio de Carlos y Claudia y los príncipes aceptaron viajar a España para ser jurados como herederos<sup>34</sup>.

Poco después y de forma casi sorpresiva, el rey de Francia envió mensajeros a Felipe para ofrecer su hospitalidad y garantizar un viaje tranquilo por su reino, ante los peligros de la navegación en época tan avanzada del año. Felipe acogió con entusiasmo el ofrecimiento, aunque retrasó su conformidad hasta que finalizaron las conversaciones entre los embajadores de Maximiliano y Luis XII, que se concretaron en el Tratado de Trento de 3 de octubre de 1501, acuerdo de amistad entre el Rey de Romanos y el de Francia y en el que estaría presente el embajador español Juan Manuel, certificando así la complacencia española<sup>35</sup>.

Finalmente, Felipe y Juana partieron desde Bruselas el 4 de noviembre de 1501 escoltados por un gran séquito –interminable– de nobles belgas y holandeses<sup>36</sup>. Fueron recibidos en territorio francés por el príncipe de Orange y continuaron su lento viaje en dirección a Blois, donde residían los monarcas franceses.

Fue entonces cuando nació el calificativo con el que Felipe ha pasado a la historia, pues el Rey de Francia al verle por primera vez pronunció la famosa frase “he ahí un hermoso príncipe”. Los días siguientes transcurrieron en un ambiente de gran cordialidad pese a algunos problemas de protocolo protagonizados por Juana, hasta que finalmente los archiduques se despidieron del rey de Francia, llegando a Fuenterrabía el día 26 de enero de 1502, donde esperaban los enviados de los Reyes Católicos.

Posteriormente continuaron su lento avance en dirección a Burgos, donde fueron agasajados por algunos de los más importantes nobles del reino y, una vez finalizadas las obligaciones protocolarias, la estancia tuvo un carácter más festivo con corridas de toros, caza con aves de presa, juegos de pelota a los que Felipe era tan aficionado y banquetes<sup>37</sup>.

En Valladolid fueron objeto de un magnífico recibimiento siguiendo las instrucciones de los Reyes Católicos. La estancia se prolongó durante dos semanas, que dedicaron a los entretenimientos acostumbrados como corridas de toros, juegos de cañas, justas, banquetes y visitas a los principales monumentos, mereciendo excelentes elogios el convento de dominicos y el colegio fundado por el cardenal Diego Hurtado de Mendoza.

La comitiva principesca llegó después a Medina del Campo en pleno desarrollo de sus famosas ferias y Felipe protagonizó una curiosa anécdota, pues recorrió de incógnito la feria vestido a la española y con peluca, aunque seguido discretamente por algunos de sus criados.

<sup>34</sup> Anglería informará al cardenal de Santa Cruz, en carta escrita en Granada el 30 de junio, que la partida de los embajadores dejaba fundadas esperanzas para su llegada a Castilla. MARTIR DE A., P., *Epistolario*. (CODAIN), V. IX–XII, Madrid, 1953–56, pp. 427–28.

<sup>35</sup> En virtud del tratado se estrechaban los lazos de parentesco entre los Valois y los Habsburgo con el acuerdo para el matrimonio entre el archiduque Carlos, hijo de Felipe y Claudia, hija de Luis XII, comprometiéndose el rey de Francia a apoyar a Maximiliano en su coronación imperial. SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *La España...*, p. 507.

<sup>36</sup> PFANDL, L., *Juana la Loca*, Madrid, 1955, p. 37.

<sup>37</sup> Curiosamente, también dedicaron su tiempo a actividades que bien podían ser consideradas como culturales e incluso turísticas, visitando la cartuja de Miraflores o el Hospital del Rey. Para una descripción pormenorizada del viaje, vid. LALAING, A., “Viajes de Felipe el Hermoso”, en, GARCÍA MERCADAL, L., *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, 1952 y CALDERÓN ORTEGA, J. M., “El viaje...”

Segovia fue la siguiente etapa del viaje en la que el acueducto causó admiración entre los viajeros y el cronista no resistió la tentación de mencionar la leyenda de su construcción, atribuida a Hércules o al diablo en un solo día.

Después viajaron a Madrid, donde llegaron el 25 de marzo y la estancia se prolongó durante un mes, al coincidir con las celebraciones de la Semana Santa. Sin embargo, Felipe pudo dedicar mucho tiempo a su deporte favorito en los numerosos cazaderos de los alrededores.

Cuando todo estaba ya preparado para el encuentro con los Reyes Católicos tuvo lugar un episodio inesperado ya que enfermó de sarampión y hubo de guardar cama durante una semana. Sin embargo pudo celebrar su primera entrevista con el rey Fernando, actuando Juana como intérprete. Finalmente, los archiduques partieron para Toledo acompañados por los más importantes nobles castellanos y los representantes del clero y de las ciudades, todos ellos dispuestos a participar en el gran acontecimiento que los Reyes Católicos habían esperado desde el día de la muerte del príncipe don Miguel.

Fernando salió a recibirlos a media legua de la ciudad, demostrando una exquisita cortesía al no consentir que Felipe le besara la mano. Ambos caminaron juntos hasta su entrada solemne en Toledo y después de un Te Deum en la catedral fueron a saludar a la reina, siempre en un ambiente de gran cordialidad<sup>38</sup>.

Por fin, el 22 de mayo tuvo lugar el acontecimiento más deseado, el juramento de los príncipes herederos. Felipe juró, igual que años antes su cuñado Manuel de Portugal, gobernar los nuevos reinos con arreglo a sus leyes y costumbres y que todos los cargos públicos habrían de ser ejercidos por castellanos.

El rey Fernando viajó a Aragón el 18 de julio e Isabel la Católica intentó que los príncipes de Asturias permanecieran en España el mayor tiempo posible, pero muy pronto aparecieron serios conflictos entre los servidores de Felipe por las diferencias que enfrentaban a los dos principales consejeros, el arzobispo de Besançon y el señor de Berghes, considerado como el principal defensor de los intereses de los Reyes Católicos<sup>39</sup>.

Finalmente los príncipes, acompañados del rey Fernando, juraron en la iglesia de San Salvador de Zaragoza el día 27 de octubre guardar los fueros, costumbres y privilegios del reino, siendo reconocidos como herederos de Aragón con la única oposición del conde de Belchite. No obstante, las Cortes aragonesas consiguieron imponer la invalidación del juramento en el supuesto de que el Rey Católico tuviera hijo varón, nacido de legítimo matrimonio<sup>40</sup>.

Inmediatamente después don Fernando regresó a Castilla muy preocupado por el estado de salud de la reina Isabel. Fue la ocasión que esperaba Felipe para poner en práctica sus planes de abandonar España, ya que viajó a Madrid para convencer a sus suegros de la necesidad de regresar a su país, dejando en Zaragoza a Juana con la excusa de su embarazo<sup>41</sup>.

<sup>38</sup> La estancia en Toledo, a diferencia de otras ciudades castellanas, revistió durante los primeros días un carácter oficial poco favorable a las actividades festivas y Felipe permaneció en sus aposentos la mayor parte del tiempo, siendo escasos los encuentros con los Reyes.

<sup>39</sup> Felipe dio muestras de autoridad al ordenar el regreso del segundo a los Países Bajos, desoyendo las súplicas de la reina y de Juana para que reconsiderara su decisión. Así se imponía definitivamente el arzobispo de Besançon, pero su triunfo fue efímero ya que, después de una rápida enfermedad, falleció el 22 de agosto con lo que, en adelante, las decisiones de Felipe adquieren un papel más personal al no estar ya sometido a la influencia de su antiguo preceptor.

<sup>40</sup> ZURITA, J., *Historia del rey...*, v. 3, Lib. V, cap. V, pp. 24–5.

<sup>41</sup> Su intención de abandonar España no era un secreto para nadie y Anglería en una expresiva carta al cardenal de Santa Cruz, escribía “Picanle las venas de los pies, le hierve la sangre en el cuerpo y no puede estar quieto en ningún sitio, afirmando que debe marcharse cuanto antes”. MARTIR DE A., P., *Epistolario*, X, pp. 36–39.

Las nuevas entrevistas fueron tensas y difíciles porque Felipe no quiso escuchar los consejos de los Reyes sobre los peligros de su viaje por Francia –entonces en guerra contra España y del avanzado estado de gestación de Juana. El príncipe–archiduque replicó a esos argumentos razonables con consideraciones de tipo político –su buena posición para lograr la paz entre Fernando y Luis XII– y la necesidad de regresar a sus estados de los que llevaba ausente más de un año.

Felipe finalmente consiguió que los Reyes Católicos se resignaran a su partida, acordando el regreso de Juana para después del parto, despidiéndose de sus suegros y de su mujer, vestida de luto, el 19 de diciembre.

Ya en territorio francés, fue informado en la ciudad de Montelimar que el 10 de marzo había nacido en Alcalá de Henares su hijo Fernando, futuro emperador. Prosiguió su viaje hasta Vienne y finalmente a Lyon, donde esperó la llegada de Luis XII de Francia. Inmediatamente comenzaron las negociaciones y el 5 de abril firmaban el famoso Tratado de Lyon, que parecía confirmar la sospecha española de la existencia de un acuerdo previo entre los franceses y los consejeros de Felipe<sup>42</sup>. Felipe mandó un secretario a España para comunicarlo al Rey Católico, que hablaría de la necesidad de introducir enmiendas. La respuesta tenía el claro objetivo de ganar tiempo porque esperaba el resultado de las operaciones militares que culminaron con la resonante victoria del Gran Capitán en la célebre batalla de Ceriñola.

Por fin, el lunes 10 de abril, Felipe viajó a Saboya para visitar a su hermana Margarita de Austria, casada con el duque Filiberto. En el transcurso de esta visita enfermó gravemente de “muy perniciosas fiebres”, permaneciendo convaleciente durante dos meses e, incluso, en algún momento los médicos llegaron a temer por su vida. Finalmente superó la enfermedad, regresando a Lyon para continuar con las negociaciones. Después de una estancia de varios días prosiguió su viaje a tierras del Imperio llegando a Innsbrück el 13 de septiembre, donde fue recibido por su padre Maximiliano y su madrastra Blanca Sforza, sobrina de Ludovico el Moro de Milán.

Felipe al fin conoció los dominios patrimoniales de la Casa de Austria y durante varios días, hasta el momento de la despedida, tuvo ocasión de cazar y hablar con su padre. Finalmente llegó a Malinas en noviembre, donde se encontró con sus hijos, siendo recibido con grandes muestras de alegría por sus súbditos<sup>43</sup>. Felipe había tardado dos años en regresar a los Países Bajos y durante ese tiempo la política europea experimentó cambios fundamentales como consecuencia de los triunfos de las tropas españolas en Ceriñola y Garella, que dieron a los Reyes Católicos el dominio del reino de Nápoles.

Al mismo tiempo, Giuliano della Rovere, hombre de gran ambición se convirtió en el papa Julio II a la muerte de Alejandro VI, propiciando un equilibrio italiano que pasaba por la caída de César Borgia, la consolidación del dominio de Francia en Milán y de España en Nápoles.

Por todo ello Felipe hubo de cambiar de política ya que la presencia de su mujer, heredera del trono español, representaba un arma formidable en sus manos, al mismo tiempo que comenzó

<sup>42</sup> Su contenido constaba de tres capítulos fundamentales, conclusión de la paz entre Francia y España con restitución de los territorios ocupados, entrega en tercería a Felipe de la provincia de Capitanata y, finalmente, la renuncia de Luis XII y Fernando a sus derechos en Nápoles en favor de Claudia y Carlos en el momento de su matrimonio. SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *La España...*, p. 583.

<sup>43</sup> Una buena forma de conocer la significación política y social que Felipe tenía en sus territorios patrimoniales fue sin duda el “Elogio” que compuso en su honor Desiderio Erasmo de Rotterdam y que presentó en la fiesta de Epifanía en el palacio ducal de Bruselas el 6 de enero de 1504, escrito en un momento de gran esplendor coincidiendo con el regreso del muy querido “príncipe natural”; es el famoso *Panegírico Gratulatorio a Felipe, Ilustrísimo Príncipe de Borgoña, hijo del siempre invicto Maximiliano acerca de su viaje triunfal a España y su feliz regreso*. La obra contiene diversas consideraciones acerca del contexto internacional en el que se movía Felipe, también es un compendio de enseñanzas sobre sus grandes cualidades y las que debiera cultivar, redactado en un momento de esplendor de los Países Bajos. ERASMO DE ROTTERDAM, D., *Obras Escogidas*, Madrid, 1956, pp. 203–270.

a sospechar que los Reyes Católicos intentaban retenerla el mayor tiempo posible, por lo que decidió actuar para conseguir que la princesa abandonara España<sup>44</sup>.

Su estancia en España y las acciones que protagonizó hicieron aumentar la desconfianza de los Reyes Católicos, además la presencia de la princesa no contribuía a disipar las dudas por los episodios de desequilibrio emocional que venía protagonizando. Ambas circunstancias pueden servir para explicar las claves de la política de los Reyes con respecto a los Países Bajos, que aparecen perfectamente definidas en la Instrucción que enviaron a Fuensalida el 1 de enero de 1504. En ella le ordenaban trabajar para conseguir que el pequeño Carlos viajara a España, autorizando el ofrecimiento de recompensas a los principales consejeros<sup>45</sup>. El embajador comenzó a actuar y su correspondencia con los Reyes da cumplida cuenta de sus entrevistas con Felipe<sup>46</sup>.

En la fecha prevista del 1 de marzo Juana abandonó Medina, aunque tuvo que permanecer dos meses en Laredo esperando condiciones favorables para embarcar<sup>47</sup>. Al mismo tiempo, los embajadores de los Reyes Católicos consiguieron en Blois una ratificación de la tregua negociando las condiciones de un nuevo Tratado de Lyon<sup>48</sup>.

La reacción de Felipe fue, lógicamente, dura y llena de irritación, escandalizándose de que los Reyes Católicos quisieran engañarlo con semejante afrenta contra su persona y la de su pequeño hijo Carlos, nieto de los Reyes y futuro emperador. Cuando Fernando conoció los sentimientos de su yerno, contraatacó con argumentos convincentes, recomendándole preocuparse únicamente de gobernar lo suyo, conservarlo y acrecentarlo y no hacer caso del Rey de Francia, pues con ello lo único que iba a conseguir era que Luis XII acabara gobernando sus estados.

Ésta era sin duda su gran preocupación política, la ambición del reino de Nápoles, esperando que Fernando el Católico cumpliera su palabra y ahora terminaba dudando de todos cuantos le rodeaban. Por ello, las relaciones entre ambos iban haciéndose cada día más difíciles y pronto se agravarían más cuando se conoció en Bruselas la noticia de que Fernando no estaba dispuesto a perder la gobernación de Castilla, aunque los reyes lo negaron en carta a sus embajadores<sup>49</sup>.

Estas malas relaciones tuvieron un efecto inmediato en el ámbito conyugal de los príncipes de Asturias y Juana fue la víctima, padeciendo una situación que fue muy pronto conocida en Castilla al llegar noticias inquietantes acerca de los problemas afectivos del matrimonio, que fueron utilizadas sin escrúpulos como instrumento político<sup>50</sup>.

<sup>44</sup> En esta estrategia no tuvo inconveniente en utilizar métodos poco éticos como enviar a España una curiosa carta de su hijo Carlos, que aún no contaba cuatro años, rogando a su madre que regresara o engañar al embajador español haciéndole creer que estaba decidido a cambiar de actitud respecto a Juana. RODRÍGUEZ VILLA, A., *Op. cit.*, pp. 86–7.

<sup>45</sup> FUENSALIDA, pp. 198–200. En este documento se pone claramente de manifiesto quiénes eran en ese momento los principales consejeros de Felipe; Nassau, Ville, Veyre, etc.

<sup>46</sup> Dirá que Felipe había prometido ser “humilde y obediente” y enviar a Carlos a Castilla después de recibir la posesión de Nápoles en carta del día 5 de febrero de 1504, FUENSALIDA, pp. 204–210. Días más tarde, el 10, escribiría de nuevo para contar a sus señores que el príncipe “se llevó gran disgusto de lo ocurrido en Medina”, atribuyéndolo “al mucho amor que me profesa”, aceptando que la Princesa partiera por mar o tierra el 1 de marzo, aunque sin duda supo disimular la enorme sorpresa y el desagrado que le produjo la nueva pretensión de los Reyes Católicos para educar a su hijo en España. FUENSALIDA, pp. 210–212.

<sup>47</sup> La princesa por fin abandonó Castilla, obsesionada por reunirse de nuevo con su esposo y a finales de mayo de 1504 desembarcó cerca de Brujas, donde fue recibida con grandes muestras de afecto, viajando a continuación a Bruselas al encuentro de su marido, en unos momentos en los que el príncipe tenía que hacer frente a graves problemas, de los cuales el principal era el incumplimiento de las promesas de su suegro.

<sup>48</sup> 1504. 31 de marzo, LÓPEZ DE TORO, J., *Tratados internacionales de los Reyes Católicos* (CODON), Madrid, 1955.

<sup>49</sup> SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *La España...*, p. 636.

<sup>50</sup> Fueron los famosos episodios en que Juana maltrató a la supuesta o, real, amante de Felipe, ordenando cortarle el pelo y también a las moras que había llevado consigo desde España. Felipe no sólo injurió a Juana de palabra sino que incluso llegó a ponerle las manos encima, lo que acabó con el débil equilibrio de Juana, que enfermó. SANTA CRUZ, A., *Crónica del emperador Carlos V*, ed. CARRIAZO Y ARROQUÍA, J. de M., 2 vols. Sevilla, 1951, I, p. 302.

La actividad de los embajadores españoles se multiplicó, siguiendo las instrucciones de los Reyes, para solucionar el deterioro de las relaciones entre Fernando y Felipe<sup>51</sup>. No obstante, la iniciativa terminó en un completo fracaso, pues Felipe creyó las cartas del Rey de Francia, en las que le juraba solemnemente que los Reyes Católicos habían ofrecido al depuesto rey de Nápoles don Fadrique la restitución del reino<sup>52</sup>.

El despacho del príncipe hacia su suegro desencadenó los acontecimientos y el 22 de septiembre firmaba en Blois una alianza con Luis XII, que suponía la investidura de Milán para el Rey de Francia y el matrimonio de Carlos y Claudia, así como una acción conjunta contra Venecia<sup>53</sup>.

Una vez hecho esto hubo de escuchar los reproches del embajador Fuensalida, pero supo dar muestras de que iba aprendiendo las complicadas sutilezas del arte de la diplomacia explicándole las argucias de que podía valerle para engañar a Luis XII<sup>54</sup>.

Los problemas políticos parecían entrar en vías de solución pero no ocurría lo mismo con las relaciones entre los esposos, ya que los Reyes Católicos estaban puntualmente informados de la crisis del matrimonio, conociendo muy preocupados los síntomas de la enfermedad de su hija<sup>55</sup>.

## Felipe contra Fernando

En el otoño de 1504 se agravó el delicado estado de salud de la reina Isabel y Fernando ordenó a sus embajadores convencer a los príncipes de la necesidad de preparar el viaje a España, circunstancia que coincidió en el tiempo con la firma del Tratado de Blois por Maximiliano y Felipe con Luis XII de Francia el 22 de septiembre, que inauguraba una ruptura prácticamente total entre yerno y suegro<sup>56</sup>.

Los consejeros de Felipe llegaron a proponerle realizar el viaje en solitario para ser jurado como rey de Castilla, dejando a Juana en los Países Bajos. Cuando Fernando conoció este hecho

<sup>51</sup> FUENSALIDA informará con detalle de este proceso, siguiendo la línea de comunicación expresada en carta de 29 de julio y enviada desde Medina del Campo, según la cual los Reyes manifestaron al obispo y a sus embajadores que el rey de Francia quería "romper todo lo capitulado en relación con Nápoles y que dijeran a Felipe que había sido un ingenuo al creer al Rey de Francia". Un mes después, el 25 de agosto, los Reyes sugerían al príncipe Felipe que no se apresurase en lo del casamiento de Carlos con Claudia de Francia mientras que le dejaban las manos libres para concertar la boda del infante don Fernando con la hija del rey de Hungría. Ambas cartas en FUENSALIDA, pp. 259-62 y 266-7.

<sup>52</sup> Carta de 19 de septiembre de 1504, FUENSALIDA, pp. 277-79.

<sup>53</sup> Carta de 6 de octubre de 1504, FUENSALIDA, pp. 287-90.

<sup>54</sup> La lectura de la correspondencia del embajador induce a pensar que el príncipe fue convencido y que en adelante trataría de disuadir a su padre, al tiempo que Fernando ordenaba el 11 de noviembre a Juan Manuel ir con Maximiliano y que Fuensalida permaneciera con Felipe para que no concluyeran los acuerdos con el rey de Francia. Carta de los Reyes, desde Medina, el 11 de noviembre de 1504, FUENSALIDA, pp. 305-7.

<sup>55</sup> No obstante, todavía faltaba por conocerse el episodio que causó mayor impresión en España. Felipe regresó a palacio herido en un pie durante una cacería, retirándose a su habitación situada debajo de la cámara de Juana. Cuando ella tuvo conocimiento del percance intentó visitarle, pero él lo impidió respondiéndole que ya la vería al día siguiente. La reacción de la princesa fue furibunda, pues estuvo toda esa noche aporreando el techo de la habitación de Felipe. Finalmente, con un pequeño cuchillo intentó romper las tablas del suelo. A la mañana siguiente, Juana exigió que se llevasen a sus hijos y el regreso de sus servidores. Felipe le amenazó con abandonarla hasta que no se volviera más sensata y, finalmente, se avino a razones escribiéndole una cariñosa carta. Carta de 1 de noviembre de 1504, FUENSALIDA, pp. 297-301.

<sup>56</sup> Mientras tanto continuaba el proceso de degradación de la salud mental de la princesa Juana, motivado fundamentalmente por el aislamiento y las difíciles relaciones con su marido. El resultado era una evidente abulia y el desinterés por las cosas, aunque lo más grave era su nulo deseo de hablar con los embajadores, lo que le impidió conocer el alcance de la enfermedad de su madre.

reaccionó muy enfadado y ordenó a sus embajadores oponerse con todas sus fuerzas, dando a entender que no consentiría que su hija quedara en tierras flamencas<sup>57</sup>.

La reina Isabel otorgó testamento el 12 de octubre de 1504 y un mes después, posiblemente al conocer el estado de salud de Juana, decidió completarlo con un codicilo en el que establecía el gobierno de Fernando mientras su hija estuviera ausente de Castilla. Previendo el desenlace, poco antes había enviado a Bruselas a Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Córdoba, con precisas instrucciones de alto contenido político, fundamentalmente la recomendación a Felipe de prestar juramento, de atenerse a las leyes del reino y no dar oficios ni cargos públicos a extranjeros.

El 26 de noviembre falleció la gran reina y un día después Fernando proclamó a Juana como reina propietaria de Castilla en la plaza mayor de Medina del Campo, convocando Cortes en la ciudad de Toro para el mes de enero de 1505<sup>58</sup>.

El viaje del obispo, aplazado unos días por causa de la muerte de la reina, habría de servir también para informarle con toda claridad de que la gobernación del reino, en el supuesto de una enfermedad de doña Juana, correspondería a Fernando de Aragón. Evidentemente la sorpresa fue enorme cuando Fonseca informó personalmente a Felipe.

Al mismo tiempo continuaba la labor del embajador Fuensalida, que nada más conocer el fallecimiento de la reina envió una magnífica carta al rey Fernando, verdadero ejemplo de clarividencia política, en la que explicó los temores de Felipe y su camarilla<sup>59</sup>, fundamentalmente motivados por la cuestión capital del gobierno de Castilla que había causado estupor en Bruselas, donde los principales consejeros eran contrarios a negociar con Fernando el Católico y sus pretensiones hicieron que radicalizaran su oposición<sup>60</sup>.

La opinión de los ministros se impuso en el sentido de que los nuevos reyes no viajarían a España hasta que se resolviera el problema de la gobernación. Felipe y sus consejeros decidieron enviar como embajador a Veyre, entregándole una relación de personas con quienes debía negociar, entre ellos nobles titulados, algunos de los principales prelados, ciudades y villas importantes y altos personajes de la administración del reino, para hacer saber a los grandes castellanos las pretensiones de su señor<sup>61</sup>. La partida tuvo lugar a comienzos de enero de 1505 y Fuensalida escribió a Fernando para que tuviera especial cuidado con Veyre, informándole de los planes de Felipe<sup>62</sup>.

En la corte de Bruselas también se habían destapado las ambiciones y los consejeros hacían planes para repartirse oficios y prebendas<sup>63</sup>. Fernando reaccionó con rapidez enviando a Lope de

<sup>57</sup> Como claramente se expresa en sus cartas de 11 y 24 de noviembre, FUENSALIDA, pp. 305-7 y 309-10.

<sup>58</sup> SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *La España...*, pp. 637 y ss.

<sup>59</sup> "Primero, que el rey Fernando había sido jurado gobernador perpetuo de Castilla; segundo, que si decidiera casarse de nuevo, los príncipes perderían la sucesión de Aragón y tercero, que el rey de Portugal podría dar a Fernando de Aragón a Juana la Beltraneja... Casándose con ella, y resucitando un viejo fantasma, incluso podría quedarse con Castilla". Finalmente comunicaba que al conocer el fallecimiento de Isabel, Felipe ordenó el regreso de Juan Manuel, al que el rey de Aragón había ordenado dirigirse a Alemania. Carta de 22 de diciembre de 1504, FUENSALIDA, pp. 317-8.

<sup>60</sup> "Pues, ¿a qué ha de ir allá el rey?, ¿o para que le llamas rey?, que llamarse rey y no tener reyno, o yr al reyno de que se llama rey y no mandar en él como rey, ¿qué será, syno como un niño gobernando?" dirá Jean de Ville, cada día con mayor influencia, al embajador. Carta de 27 de diciembre de 1504, FUENSALIDA, p. 319.

<sup>61</sup> La carta de creencia, de 2 de enero de 1505, en (CODDIN), v. 8, p. 274.

<sup>62</sup> "Se trabaja en ganar a la reina para que consienta en todo lo que maquinan...", al mismo tiempo que denunciaba la influencia perniciosa que iba adquiriendo Juan Manuel, señor de Belmonte y embajador en la corte de Maximiliano en el entorno de Felipe. El embajador en carta dirigida al rey Fernando el 16 de enero, refiere la conversación que había mantenido con el embajador Juan Manuel y en la que éste pronunciaba expresiones como que "era llegado el momento de buscar de comer y si allí no me lo dieren yo lo tomaré de acá" y sobre todo en una expresiva frase "que en los tiempos de paz pocos son los que ganan y en los tiempos revueltos se hacen los hombres". FUENSALIDA, pp. 321-4.

<sup>63</sup> "unos porque ganarían quedándose y otros viajando". Carta de 2 de febrero, FUENSALIDA, pp. 324-29.

Conchillos como secretario de la reina Juana, con la misión de conseguir su conformidad al nombramiento de gobernador de Castilla. Sin embargo, Fuensalida pronto dudaría del éxito de la misión porque su llegada despertó inmediatas sospechas<sup>64</sup>.

Otro proyecto, sin duda más arriesgado, fue tratar de conseguir el regreso del traidor Juan Manuel a Castilla escribiendo a Felipe en febrero de 1505, aunque para disfrazar sus intenciones también ordenaba el regreso del obispo de Palencia<sup>65</sup>. La carta fue presentada en el consejo y después de muchas deliberaciones Felipe consintió el regreso del obispo pero no el de Juan Manuel, a quien además asignó una pensión. La decisión constituía una verdadera afrenta diplomática y desde ese momento Fuensalida fue sometido a estrecha vigilancia<sup>66</sup>.

Los servidores castellanos de doña Juana corrieron peor suerte ya que uno de sus secretarios fue encarcelado con el pretexto de haber tardado en obedecer una orden de Felipe, aunque la verdadera razón era que había acompañado a Conchillos en una visita a la reina en la que consiguió una carta autorizando a Fernando el Católico la gobernación del reino, pero el secretario cometió el error de dársela a un criado para llevarla a Castilla y éste la entregó a Felipe<sup>67</sup>. El episodio tuvo graves consecuencias porque desde entonces Felipe prohibió la visita de los españoles. La reina quedó confinada y vigilada por guardas en la puerta de sus aposentos. En este clima de tensión de nuevo protagonizó un incidente, al golpear a un portero en la cabeza con un palo<sup>68</sup>.

Las relaciones entre Felipe y Fernando estaban prácticamente rotas, cuando de nuevo adquirieron un protagonismo especial las relaciones con Francia, ya que el tratado de Blois, firmado el 22 de septiembre de 1504, había establecido un plazo de tres meses que ya había transcurrido para su ratificación y su contenido, al menos teóricamente, era muy favorable a las pretensiones de Felipe por las garantías que incorporaba<sup>69</sup>.

Ambos gobernantes acordaron celebrar Vistas en Tréveris el 22 de marzo. El cardenal de Rouen fue el enviado de Luis XII, que hizo saber previamente a Fernando que la misión consistía en ratificar la investidura del ducado de Milán y la liga establecida en el Tratado de Blois, ofreciendo todo el poder del rey de Francia para tomar posesión de Castilla.

El 29 de marzo llegaron a la ciudad de Hagenau Maximiliano y Felipe, acompañado cada uno de ellos por numeroso séquito. Ambos intentaron impresionar al cardenal francés organizando solemnes ceremonias y reuniones cortesanas, que culminaron en la solemne ratificación del Tratado de Blois el 4 de abril. Dos días más tarde tuvo lugar la más espectacular de todas ellas, la investidura de Luis XII del ducado de Milán.

La ceremonia estuvo cargada de simbolismo y de reminiscencias medievales, pues Maximiliano en su condición de Rey de Romanos apareció revestido con el manto, la corona de oro, el cetro en una mano y la bola del mundo en la otra<sup>70</sup>.

<sup>64</sup> Carta de 2 de febrero, FUENSALIDA, pp. 324-29.

<sup>65</sup> Carta de 5 de marzo, FUENSALIDA, p. 332.

<sup>66</sup> Carta de 26 de marzo, FUENSALIDA, pp. 337-340.

<sup>67</sup> Fuensalida escribió a Fernando el día 10 de abril, que el criado "había sido hechado a la reina para ganarse su confianza" y que "el que lo hechó de allí, acá se barrunta", alusión evidente a Juan Manuel. FUENSALIDA, pp. 341-43.

<sup>68</sup> Carta de 10 de abril, FUENSALIDA, pp. 343-5.

<sup>69</sup> La más importante era la devolución de Borgoña en el supuesto de que Luis XII rompiera el compromiso matrimonial de su hija Claudia con Carlos. Curiosamente, sólo Felipe y sus consejeros confiaban en él porque los demás estaban convencidos de que las promesas no se cumplirían por la reacción provocada en Francia y el poco interés de Luis XII en su ratificación.

<sup>70</sup> El día 30 de marzo daba comienzo la correspondencia de Vincenzo Quirini, embajador de la Señoría de Venecia, enviado a Felipe para darle el pésame por la muerte de la reina Isabel y, al mismo tiempo, felicitarle por la sucesión a la corona de España. El embajador se incorporó a su séquito, asistiendo como espectador privilegiado a todos los acontecimientos

Fernando el Católico trató de obstaculizar la firma del acuerdo pero no lo consiguió. Sin embargo, Maximiliano supo apreciar el auténtico significado del convenio, confesando al embajador del rey de Aragón que no creía que durase la amistad con Francia tanto como una "liga"<sup>71</sup>.

El embajador veneciano Vincenzo Quirini, que asistió a las Vistas en representación de la señoría de Venecia, ha transmitido un retrato de Felipe, que durante esos días estaba disfrutando de algunos de los mejores momentos de su existencia<sup>72</sup> y con la euforia del momento comenzó a ejecutar actos de gobierno, ordenando a los procuradores de las ciudades castellanas reunidos en Toro suspender las deliberaciones hasta su llegada a Castilla<sup>73</sup>.

Su anunciado viaje, o más bien el deseo de ir a España junto a su mujer Juana, no era bien visto en los Países Bajos. Al mismo tiempo, Fernando le hacía creer astutamente que le esperaba con impaciencia, según el propio Felipe cuenta a Quirini en los últimos días de abril<sup>74</sup>.

El rey Fernando reaccionó inmediatamente al conocer la paz firmada con Francia, defendiéndose de las acusaciones de Felipe y Maximiliano. Entonces ordenó a Fuensalida informarle sobre la misión de los agentes castellanos en la corte de Felipe, pero sobre todo, su preocupación, que pasó a un primer plano de su correspondencia, fue la salud de Juana y los supuestos malos tratos de su esposo<sup>75</sup>.

En este clima de tensión tuvo lugar el episodio que condicionó las relaciones entre suegro y yerno, la prisión del secretario Conchillos y, en adelante, su liberación se convertiría en la principal y casi única actividad del embajador Fuensalida<sup>76</sup>. En esos momentos, Felipe hizo publicar un documento que había guardado astutamente, la famosa carta de la reina Juana de 3 de mayo de 1505 dirigida al embajador Veyre<sup>77</sup> y decidió captar uno a uno a los grandes del reino<sup>78</sup>.

que tuvieron lugar hasta agosto de 1506, HÖFLER, Constantin von, "Depeschen des venetianischen Botschafters bei Erherzog Philipp, herzog von Burgund, König von Leon, Castilien, Granada, Dr. Vincenzo Quirino 1505-1506", *Archiv für Oesterreichische Geschichte*, 66 (1885), pp. 45-256.

<sup>71</sup> Felipe y sus consejeros se engañaron completamente acerca del verdadero alcance del tratado, ya que el gran triunfador fue Luis XII de Francia al anular los fundamentos de la política exterior española enfrentando las posiciones de Fernando y Felipe. Además, logró la entrega pacífica del ducado de Milán a cambio de una promesa de matrimonio de muy difícil cumplimiento. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., "La crisis del nuevo estado (1504-1516)", en *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, t. XVII\*, p. 657.

<sup>72</sup> "de veintiocho años, de estatura más que mediana, de costumbres convenientes, bello y de gracioso aspecto, y en la vista como en palabras humanísimo". Asimismo, el embajador informa que había sido recibido el día 2 de abril por Felipe en audiencia pública, en una sala cubierta de paño negro, transmitiéndole sus condolencias por la muerte de Isabel y la alegría de la Señoría de Venecia porque la herencia recayera en persona de sus cualidades. Durante el transcurso de la entrevista Quirini utilizó el latín como lenguaje diplomático y Filiberto de Veyre actuó de intérprete, traduciendo las palabras de su señor. QUIRINI, pp. 54-61.

<sup>73</sup> 1505. 13 de abril (CODDIN), v. 8, p. 289.

<sup>74</sup> El embajador veneciano recoge del propio príncipe unas importantes palabras "que no está muy de acuerdo con que Fernando gobierne el reino mientras viva" y también la opinión de algunos de sus principales consejeros "dudan no tener en España el grado y reputación que tienen ahora". QUIRINI..., pp. 81-3.

<sup>75</sup> El deterioro de las relaciones entre Fernando y Felipe finalmente afectó a las exigibles cortesías diplomáticas ya que, después de su regreso convocó a Fuensalida, que intimidado por el mal recibimiento no se atrevió a pedirle autorización para ver a Juana.

<sup>76</sup> La noche del 23 de abril, después de la celebración de un consejo, Conchillos fue apresado y llevado a la fortaleza de Villabona. El motivo no era otro que su participación en la redacción de la carta de Juana, en la que daba autorización a su padre para gobernar el reino de Castilla. El secretario fue sometido a tormento, demostrando un comportamiento poco valeroso, "contó lo que sabía e incluso más que lo que le dijeron que dijese". Carta de 2 de mayo de 1505, FUENSALIDA, pp. 348-352.

<sup>77</sup> En ella protestaba de la acusación de "falta de seso y de que digan al Rey, su padre, que le place para gobernar así los reinos, que el único problema que ella tuvo no fue otra cosa sino celos, pasión que también se halló en su madre y que nunca quitaría a su marido la gobernación de Castilla" (CODDIN), v. 8, pp. 291-3, recogido por RODRÍGUEZ VILLA. A., *Op. cit.* pp. 110-1.

<sup>78</sup> Las cartas de creencia, en (CODDIN), v. 8, pp. 298 y 22.



También supo plantear una defensa eficaz ante los previsibles reproches que habrían de llegar de España, centrados en la firma del Tratado de Blois y las Vistas de Hagenau y el presunto encierro de Juana, para lo cual llamó al embajador Fuensalida el 15 de mayo para informarle de su versión de los acontecimientos<sup>79</sup>, dejando que fuera Juan Manuel el que narrase todo lo que había sucedido desde la llegada de Juana<sup>80</sup>.

A continuación, el propio Felipe expuso su malestar por la divulgación de la carta enviada a su suegro, en la que prácticamente se la tachaba de loca y que Fernando había sabido utilizar en su beneficio, al hacerla pública durante el desarrollo de las Cortes de Toro<sup>81</sup>. La entrevista fue muy tensa, pues Fuensalida no tuvo oportunidad de defender a su señor<sup>82</sup>.

Evidentemente, Fernando desconocía esta conversación cuando escribió a Fuensalida el día 16, una vez que llegó a su poder la carta de su hija, haciendo una valoración de la situación política negativa, porque se alejaba cada vez más de una solución pacífica<sup>83</sup>.

La época de disimulos había terminado y las posiciones de Felipe y Fernando aparecen perfectamente descritas por un testigo imparcial como el embajador Quirini<sup>84</sup>. Sin embargo, a Fernando el Católico no le interesaba todavía una ruptura definitiva porque necesitaba ganar tiempo y, actuando con enorme habilidad al conocer las dificultades de Felipe, le escribió animándole a emprender lo antes posible el viaje a España. La invitación fue muy bien recibida y Felipe incluso llegó a admitir que estaba dispuesto a realizarlo inmediatamente sin aguardar al parto de la reina, de nuevo embarazada, haciendo jurar a Carlos como príncipe de España. Sin embargo, tuvo que admitir que aún quedaba por resolver el espinoso problema de la conquista de Güeldres<sup>85</sup>.

Mientras tanto, seguían llegando nuevos rumores de las negociaciones de Fernando el Católico con el Rey de Francia<sup>86</sup>, pero los síntomas de sumisión de Felipe terminaron casi tan rápidamente como comenzaron, uniéndose más estrechamente que nunca a sus consejeros. En el breve

<sup>79</sup> En una carta de 15 de mayo de 1505 dio respuesta a estas cuestiones manifestando en relación a la paz con Francia: “que se quiso hacer conjuntamente con Fernando de Aragón, y que en ella no se asentó nada contra el rey Fernando, ni se le hizo deshonra” y que Maximiliano se quejaba de Fernando el Católico porque muchas veces había quebrantado las capitulaciones. FUENSALIDA, pp. 353 y 354.

<sup>80</sup> Carta de 15 de mayo de 1505, FUENSALIDA, pp. 355–63.

<sup>81</sup> Aún más curiosa resulta su argumentación sobre la situación de la reina, insistiendo en el contenido de la carta de 3 de mayo en la que se aludía, como única causa de los problemas conyugales desde el regreso de Juana “a los celos sin motivo”. FUENSALIDA, pp. 354–5.

<sup>82</sup> El tono de los reproches fue aumentando a medida que expresaba sus quejas contra Fernando, hasta el punto de que: “se va encendiendo Felipe y dice: esté cuerda o loca la reina yo avré lo que a ella y a mi pertenesce y cobraré Castilla contra voluntad de quien me lo resistiere”. FUENSALIDA, pp. 356–7. Por primera vez perdió los nervios ante el embajador, dando rienda suelta a sus sentimientos y expresando el daño que le estaban haciendo las habladurías difundidas por su suegro y sus principales partidarios: “que el rey que por ser flojo y no ir a España les quitan sus cosas” ... “que Fernando se quiere casar con la Beltraneja para quitarle lo de Aragón” ... “que Fernando burlaba de Felipe y con sus adeptos decía que no era Felipe para ir allí” ... “que no había cosa que hiciera Fernando que no se supiera en Flandes”, y ... “que el duque de Alba y el arzobispo de Toledo decían muchos males”. FUENSALIDA, pp. 357 y ss.

<sup>83</sup> “parece gran inconveniente poner en la carta que da la gobernación a Felipe y a sus hijos y sucesores como si ella quisiera excluirse y que no diga eso porque es peligroso para su vida y salud”. Finalmente, el Rey comunicaba una sorprendente apreciación “que ha sabido de Francia que se ha hablado del casamiento de Felipe con la reina porque matarán con yerbas a Juana a poco de parir, y habrán a Bretaña y a otras cosas”. FUENSALIDA, pp. 367–370.

<sup>84</sup> “(Felipe), que quiere gobernar Castilla en nombre de su mujer, mientras que Fernando de Aragón en absoluto está dispuesto a entregársela, fundamentada su posición en el argumento de que la reina Isabel le entregó la gobernación en ausencia de su hija Doña Juana, y para el caso de que ella no se encontrase en disposición de gobernar”. QUIRINI, pp. 96–98.

<sup>85</sup> El embajador veneciano informa de una conversación con Claudio Botton, persona de confianza de Felipe, en la que describía los sentimientos de su señor. El príncipe deseaba viajar a España para llegar a un acuerdo con Fernando a pesar de la opinión de sus consejeros, pero no había contado con que la campaña de Güeldres sería lenta. QUIRINI, p. 98.

<sup>86</sup> Los más fiables hacían referencia a su boda con una princesa francesa, con informaciones muy precisas sobre las condiciones del acuerdo, que entre otras cosas incluían la cesión del reino de Nápoles a los hijos que naciesen del matrimonio y una fuerte indemnización, cifrada en un millón de ducados, para el monarca francés.

plazo de cinco días Fuensalida pudo apreciar nuevamente un ambiente hostil, aunque continuó con la política de los últimos tiempos advirtiéndole de las intenciones de los grandes de Castilla que sólo buscaban su propio beneficio y recordarle la situación de Conchillos y de Juana<sup>87</sup>.

Felipe, en contra de lo que había sido la norma en los últimos tiempos, no contestó inmediatamente ya que se ausentó para reunirse con sus consejeros y al cabo de una hora regresó, dando una fría respuesta a las cuestiones planteadas por el embajador<sup>88</sup>.

Esta entrevista puso también de manifiesto el viaje a Bruselas del tesorero Nuño de Gumiel, que cuidaba en Castilla de las rentas que correspondían a Felipe en el principado de Asturias, con ofertas de Fernando el Católico<sup>89</sup>. El ofrecimiento de Gumiel le había impresionado mucho y parece que desde esos momentos comenzó a hacer planes para viajar sin Juana, pidiendo a Quirini que solicitase la autorización de la señoría de Venecia para acompañarle. El embajador lo comunicó inmediatamente a su buen amigo Fuensalida, que notificó a Fernando el Católico la decisión de Felipe de viajar a España sin Juana<sup>90</sup>.

Al mismo tiempo Fernando había estrechado las relaciones con Luis XII a finales de julio de forma muy favorable a sus intereses, lo que le haría modificar los planes respecto a Felipe el Hermoso. Por ello escribió a su embajador Fuensalida para dar respuesta a su carta de junio ofreciéndole satisfacción de todas sus quejas anteriores, pero el contenido era realmente sorprendente al ordenarle ahora entorpecer e incluso tratar de impedir el viaje, ya que lo único que interesaba de verdad a Fernando era que el pequeño Carlos fuera enviado a España<sup>91</sup>.

Felipe respondió con rapidez cuando conoció el nuevo rumbo de las relaciones franco-españolas porque la guerra de Güeldres entraba en una etapa decisiva, con importantes victorias de sus fuerzas. Así, muy pronto pudo firmar el acuerdo de paz con unas condiciones excepcionalmente favorables para el duque de Güeldres porque necesitaba comenzar los preparativos del viaje a España e, incluso, surgieron rumores de que su intención era viajar en septiembre al ordenar la concentración de navíos<sup>92</sup>.

Sin embargo, el viaje en solitario ya había sido completamente descartado porque lo adelantado del embarazo de Juana y la lentitud de los preparativos de la flota le obligaron a esperar el parto

<sup>87</sup> “piensan ellos aver aquello que desean, que es los grandes hazerse más grandes y los que no lo son de subir a aquel grado o estado de grandes, lo cual no se puede hazer syn que vuestro estado se disminuya y syn que se de lo que es de la corona real”. Carta de 15 de junio de 1505, FUENSALIDA, p. 376.

<sup>88</sup> “que conocía bien que unos grandes le escribían por su propio beneficio, y otros por lo uno y por lo otro... , mas yo se lo que tengo que creer de cada uno, pues como conozco como y de qué calidad es lo que me escriven, ni sus cartas ni sus palabras no me moverán a cosa que no yo deba mover...” Carta de 15 de junio de 1505, FUENSALIDA, pp. 378 y ss.

<sup>89</sup> Poco después se supo que la misión que le había llevado hasta allí consistía en convencerle de viajar a España, incluso sin la reina, desconociéndose por su comportamiento si negociaba en nombre de Fernando o de acuerdo con los intereses de Felipe. No obstante, ya para entonces se había producido una inversión de posiciones y un viraje diplomático, que sugerían que su actuación habría de consistir en el entorpecimiento de la realización del viaje, todo ello a espaldas de los embajadores, a los que ni tan siquiera saludó. Sin embargo, la oferta llegaba demasiado tarde porque Felipe había vuelto a caer en manos de sus ministros, después del regreso de Maximiliano a Colonia y la reanudación de la campaña de Güeldres. FUENSALIDA..., pp. 378 y ss.

<sup>90</sup> Carta de 15 de julio, FUENSALIDA, pp. 390–4. Evidentemente, el rey de Aragón había apoyado el viaje como respuesta a la carta de Juana y la prisión de Conchillos y en un momento muy delicado de las relaciones entre ambos, cuando incluso intercambiaban graves acusaciones. Sin embargo, la iniciativa no encontró el eco esperado entre los ministros de Felipe, que desconfiaron de las ofertas de Gumiel.

<sup>91</sup> Carta de Fernando el Católico en el Espinar, el 27 de julio de 1505, FUENSALIDA..., pp. 395–7. Parece evidente que la causa que le inducía a negar categóricamente a su embajador haber tenido relación en el asunto Gumiel era que las circunstancias habían cambiado completamente. Sin duda alguna, el rey de Aragón había apoyado el viaje, y la iniciativa era consecuencia de la carta de Juana de 2 de mayo y del conocimiento de la prisión de Conchillos, en un momento muy delicado de las relaciones entre ambos, cuando incluso se intercambiaban graves acusaciones.

<sup>92</sup> Carta de Quirini a la Serenísima, desde Bois le Duc, el 7 de agosto, QUIRINI, pp. 135–6.

de su mujer, como explicaba en su carta de 14 de agosto a las ciudades de Castilla<sup>93</sup>. Hacia el 16 o 17 de agosto aparecieron en Bruselas los embajadores franceses para congratularse por la paz, ofreciendo la vía terrestre para el viaje<sup>94</sup>, pero, al tiempo, llegaron a amenazar al príncipe-archiduque con que si incumplía cuanto había prometido al rey de Francia, éste entendía que tampoco debía observar los capítulos jurados en Hagenau<sup>95</sup>.

Las pretensiones francesas causaron muy mala impresión en Bruselas y Maximiliano las consideró una artimaña de Luis XII para impedir que Felipe viajara a España, ya que su principal preocupación era mantener la discordia entre suegro y yerno y lograr un pretexto que le permitiera romper el compromiso matrimonial de Carlos y Claudia.

Llegó el momento de buscar soluciones y aunque Felipe era partidario de dar una respuesta contundente, fue convencido de que sería más práctico lograr algún acuerdo con Luis XII. No cabe duda de que era la única salida porque en esos momentos su posición política era más débil que nunca y finalmente optó por la única posible de enviar una embajada al Rey de Francia.

Felipe y Maximiliano se reunieron de nuevo y el Rey de Romanos trató de reconciliar a su hijo con Juana, porque veía claramente que la única solución a los problemas era la concordia con Fernando el Católico<sup>96</sup>.

A pesar de estas fiestas el nerviosismo de la corte de Bruselas era cada vez más apreciable y, finalmente, el día 7 de septiembre se hizo pública la esperada mala noticia de que Fernando de Aragón prácticamente había concluido las negociaciones para su casamiento con Germana de Foix. Por fin, Felipe y sus consejeros eran conscientes de la magnitud de la tragedia, pues lo que estaba en juego no era sólo la pérdida de Aragón, Sicilia y Nápoles, sino también el propio reino de Castilla. Toda su política, destinada a estrechar los vínculos con el Rey de Francia, se había derrumbado por el fracaso de la boda de los pequeños Carlos y Claudia y la revuelta de algunos señores de Alemania contra los aliados de Maximiliano. No obstante, trataría de entorpecer el matrimonio de Fernando haciendo a Luis XII toda clase de promesas.

El Rey de Francia le escribió una carta, atribuyendo la ruptura del compromiso matrimonial de sus hijos al parlamento de París y a los grandes del reino, excusando a su persona de cualquier responsabilidad<sup>97</sup>. Sin embargo, lo que más animó a los consejeros de Felipe fue el regreso de la embajada enviada a la reina de Francia, que confirmó la vigencia del acuerdo.

En estos momentos el más lúcido era Maximiliano, que experimentó una enorme cólera cuando fue informado por el embajador español de la veracidad de las noticias. Además, Fuensalida le

<sup>93</sup> (CODOIN), v. 8, p. 321.

<sup>94</sup> Sin embargo, Felipe y sus consejeros se llevarían una desagradable sorpresa cuando se les comunicó un asunto que se convirtió en fuente de conflictos y de discusiones durante varios días. Las diferencias, que no revestían gran importancia, venían referidas a un problema de apelaciones en el condado de Artois y de elección de los arzobispos de Tournai, antiguos estados de los duques de Borgoña y en la actualidad, ocupados por el rey de Francia. La queja por parte francesa radicaba en la intervención de Felipe en ambos asuntos, pero mientras que en el primero se trataba de un hecho muy reciente, en el segundo era ya costumbre arraigada.

<sup>95</sup> Uno de ellos, el arzobispo de París diría "los príncipes de este tiempo son inestables y no se conforman con lo suyo ahora que la fortuna les había dado mucho, que quería usurpar lo de los otros, y máximo algún joven que por tomar la fortuna por los cabellos, se deja gobernar por hombres que no procuran sino su propia comodidad y le aconsejan lo que no es justo", QUIRINI, pp. 143-4.

<sup>96</sup> Finalmente consiguió que la reina accediera a asistir a una fiesta el 5 de septiembre. Quirini también fue invitado, logrando conocer personalmente a Juana y presentarle sus respetos y los de la Señoría de Venecia después de cinco meses de espera. El embajador quedó impresionado por las admirables respuestas de Juana, de la que diría, a pesar de la oscuridad reinante, "que era muy bella y con aspecto de sabia y prudente mujer". QUIRINI, pp. 149-51.

<sup>97</sup> Despacho de Quirini en Bruselas, el día 9 de septiembre. QUIRINI, pp. 153-4.

aclaró definitivamente la cuestión del gobierno de Castilla al confesar que Fernando de Aragón no iba a abandonarlo y que únicamente estaba dispuesto a consentir que un juez árbitro resolviera los agravios planteados por Felipe<sup>98</sup>.

El archiduque parecía convencido de la necesidad de revisar su política, e incluso algunos consejeros pagados por el rey de Francia vieron una buena ocasión para cambiar de bando ahora que ya no eran necesarios. Únicamente Juan Manuel y unos pocos se obstinaban en su oposición a cualquier clase de arreglo porque el acuerdo entre suegro y yerno supondría su muerte política y no cabe duda que supo demostrar una enorme habilidad al jugar acertadamente la carta del odio de los grandes de Castilla a Fernando el Católico.

Los esfuerzos de Maximiliano fracasaron ante la oposición de estas gentes, que nuevamente convencieron a Felipe para cuestionar la legitimidad de la gobernación de Fernando de Aragón<sup>99</sup>, al mismo tiempo que el duque de Nájera, su principal opositor en las Cortes de Toro, se convirtió en cabeza de sus enemigos castellanos al rechazar su autoridad sin la existencia de poderes de la reina Juana<sup>100</sup>. Finalmente Fernando de Aragón firmó con los embajadores de Felipe y Maximiliano la Concordia de Salamanca el 24 de noviembre de 1505, que establecía un gobierno conjunto en Castilla<sup>101</sup>.

Felipe recibió una gran alegría cuando conoció la noticia de la Concordia, jurándola solemnemente el 10 de diciembre ante los embajadores españoles. Inmediatamente después, inició un peregrinaje por las principales villas de sus estados -Malinas, Gante y Brujas-, para despedirse de sus súbditos y conseguir nuevos fondos para el viaje<sup>102</sup>. Sin embargo, los planes no se desarrollaban como estaba previsto ya que el tiempo empeoró súbitamente cuando las naves se encontraban en el puerto de Middelburg, debiendo retrasarse la partida hasta el 10 de enero.

<sup>98</sup> Padre e hijo hablaron mucho del problema y Maximiliano tuvo el cuidado de atribuir la responsabilidad última de todo lo que acontecía a los consejeros "villanos y traidores", al mismo tiempo que defendiendo sus postulados de siempre, trataba de convencerle de que ahora que había sido traicionado por Luis "no podrá haber mientras su suegro viva más de lo que al presente". Despacho de Quirini de Bruselas de 10 de septiembre. QUIRINI, p. 155.

<sup>99</sup> Felipe escribió dos cartas a Julio II y al cardenal de Santa Cruz el día 14 de septiembre, en creencia de su embajador Antonio de Acuña, arcediano de Valpuesta -el futuro comunero-, (CODOIN), v. 8, p. 332, pero fueron sobre todo las más duras las que envió a Castilla. El día 12 de ese mismo mes remitió tres cartas de enorme importancia, que demuestran claramente que se había impuesto de nuevo la más dura política anti-fernandina. En la primera solicitaba al rey de Aragón que diera creencia a Veyre para notificarle sus nuevas intenciones. Las otras dos, que obligó a firmar a Juana, marcan un punto crítico en las relaciones con su suegro ya que escribió a los principales personajes y ciudades del reino ordenándoles no obedecer a Fernando y detallando pormenorizadamente sus fechorías. Entre ellas, la invención de la locura de la reina y sus esfuerzos para retrasar y entorpecer el viaje a España. Finalmente, los miembros del consejo fueron los receptores de las durísimas críticas contra Fernando. FELIPE EL HERMOSO, *Cartas*, en (CODOIN), v. VIII, Madrid, 1846, pp. 325-31. Felipe, continuando en esta línea de actuación, otorgó poderes extraordinarios a su embajador Veyre, ordenando al clero, a los grandes y a los alcaldes de los castillos y fortalezas que obedecieran sus órdenes, convirtiéndole en la primera autoridad delegada de los reyes en Castilla. Curiosamente, para evitar las suspicacias de los grandes del reino, el día 29 de octubre hizo dos grandes mercedes a los más importantes, nombrando al duque de Medina Sidonia capitán general de Andalucía, y confirmando el almirantazgo de Castilla y del reino de Granada a Fadrique Enriquez (CODOIN) v. VIII, pp. 355 y 360.

<sup>100</sup> Según refiere Zurita, el rey Fernando adoptó medidas para sosegar el reino, pero fracasaron porque sus enemigos supieron hacer buen uso de la propaganda y de la difusión de rumores. Muchos pueblos fueron convencidos de que intentaba apoderarse de Castilla, también de haber distribuido los oficios de corregimientos y tenencias, entregándolos a sus seguidores como pago de su lealtad. ZURITA, J., *Historia del rey...*, v. 3, lib. VI, IV, pp. 357-8.

<sup>101</sup> Juana y Felipe serían jurados en Cortes como Reyes propietarios y Fernando reconocido como gobernador perpetuo, recibiendo la mitad de las rentas públicas una vez descontada la parte destinada a cubrir los gastos generales. La administración de justicia sería ejercida en nombre de los tres y la provisión de los oficios vacantes, incluidos los de los maestrazgos. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *La Crisis...*, p. 662.

<sup>102</sup> Recientemente se ha explicado el proceso de venta de bienes de la Casa de Borgoña, precisamente con el objeto de afrontar dicho viaje y los cuantiosos gastos que representaba. CAUCHIES, J. M., "Voyage d'Espagne et domaine princier; les opérations financières de Philippe le Beau dans les Pays-Bas (1505-1506)", *Commerce, Finances et Société, XI-XVII siècles, Recueil de travaux d'Histoire medievale offerts a M. le professeur Henri Dubois*, Paris, 1993, pp. 217-244.

Tres días después habían dejado atrás las costas inglesas pero súbitamente cambiaron las condiciones climatológicas, lo que obligó a la flota a buscar refugio en sus puertos y la propia nave capitana, en la que iban embarcados los reyes, a punto estuvo de hundirse<sup>103</sup>.

Finalmente, Felipe hubo de resignarse a pasar una larga temporada en Inglaterra<sup>104</sup> y, durante los meses de febrero y marzo, trató de gobernar Castilla mediante cartas dirigidas a los principales personajes del reino<sup>105</sup> y el envío con nuevas instrucciones de Lachaux, uno de sus más estrechos colaboradores<sup>106</sup>.

Felipe deseaba hacerse a la mar lo antes posible pero las malas condiciones climatológicas imposibilitaban la partida de la flota, al mismo tiempo que el papel de la reina en el gobierno de Castilla constituía la gran preocupación política. El embajador veneciano supo apreciar perfectamente la gravedad del problema, informando a la Señoría de la gran desconfianza existente acerca de que los esposos pudieran estar de acuerdo y de que en España la reina fuese “la mages-tad y la que gobierne”<sup>107</sup>.

Finalmente el 22 de abril se hicieron a la mar y después de una tranquila travesía arribaron a La Coruña cuatro días más tarde, convirtiéndola en base de operaciones a la espera de la reacción de Fernando y de los grandes del reino<sup>108</sup>. La noticia fue conocida por el rey de Aragón en

<sup>103</sup> Este acontecimiento, con ribetes verdaderamente cómicos pese al enorme dramatismo de los momentos que se vivieron, ha sido prolijamente narrado por la mayor parte de los cronistas. La tradición se inició con Quirini que, aunque no fuera testigo presencial por viajar en otro barco, conoció los hechos de primera mano. En síntesis y como ya se ha mencionado, la nave estuvo a punto de hundirse y la actuación de todos los que se encontraban en ella fue poco valiente. Así Felipe, lamentándose amargamente por ser la causa de las desdichas que se cernían sobre ellos y dedicando un recuerdo afectuoso hacia sus hijos. Resulta divertido imaginar su aspecto cuando sus servidores hincharon un cuero –especie de primitivo salvavidas– y se lo pusieron, con una inscripción en las espaldas que decía Rey don Philipe. Después, sumido en una especie de estupor, permaneció delante de una imagen sagrada. QUIRINI, pp. 191–2. En contraste con su comportamiento y también el de otros personajes, hubo al menos dos actuaciones extraordinarias, la primera a cargo de un joven marinero y la segunda de la propia Juana que mostró un comportamiento temerario. *Memorial Histórico Español*, t. XLVIII, pp. 71–2.

<sup>104</sup> Finalmente se puso claramente de manifiesto el precio de la hospitalidad del monarca inglés, la entrega del duque de Suffolk, en poder de Felipe desde la rendición del duque de Güeldres. Intentó resistir, pero era evidente que Enrique no le dejaría partir hasta que no satisficiera su exigencia. Finalmente hubo de acceder, pero para acallar sus escrúpulos de conciencia consiguió la promesa del rey de Inglaterra de respetar su vida. De todo ello nada tuvo efecto, salvo la entrega de Suffolk. El rey inglés continuó la política de compensaciones a cambio de su hospitalidad, imponiendo a Felipe la firma de un acuerdo de comercio el 30 de abril, después de abandonar Inglaterra, aunque no lo ratificaría posteriormente, que fue el llamado *Intercursus Malus*, en contraposición al *Intercursus Magnus* de 1496. Considerados en conjunto, los tratados firmados con Enrique VII constituyen una prueba de los extremos a los que estuvo dispuesto a llegar, con el fin de obtener apoyo pecuniario y diplomático para su política española. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *La crisis...*, p. 664.

<sup>105</sup> (CODDIN) v. VIII, pp. 372 y ss.

<sup>106</sup> La misión tuvo una gran importancia en el desarrollo de acontecimientos y cometidos posteriores. El más destacado consistía en averiguar si se había producido alguna novedad en el gobierno y en el cumplimiento de la Concordia de Salamanca, principalmente en lo referido al apartamiento definitivo del gobierno de la reina porque imaginaban con razón poder contar con el completo apoyo de Fernando. El componente económico también era importante ya que los consejeros presionaban a Felipe, pues para ellos constituiría una catástrofe el gobierno personal de la reina, temiendo su venganza por ofensas pasadas y perder sus pensiones y todo lo que les esperaba en España. QUIRINI, pp. 194–200.

<sup>107</sup> Esta información fue ampliada poco después para precisar que el viaje de Lachaux había tenido por objeto negociar el apartamiento de Juana del gobierno. Textualmente escribirá en su carta: “que la reina viva honorablemente y que ambos reyes tengan el gobierno, porque la reina es incapaz y es deseo de todos los consejeros” dudan los flamencos, dice el veneciano “que si Juana que les odia tuviera autoridad en España, les quitaría la gracia del rey, el poder y las pensiones acordadas entre ellos y Felipe” y que “el pueblo de España que es bestial pueda sublevarse, diciendo que quieren el gobierno de la reina, y que todos están con esperanzas que el Rey provea a sus hijos y parientes más lejanos de alguna caballería de las Ordenes Militares, porque Fernando es el maestro”. Finalizaba su escrito manifestando que estuvo con la reina y que ella le preguntó “cómo estaba su padre, ya que eran pasados seis meses sin noticias, si era cierto que les quisiera mal... y si había tanto desplazar de su viaje a España”, a lo que el embajador contestó que ninguna de esas cosas era cierta. Despacho desde Falmouth, el 4 de abril de 1506. QUIRINI, pp. 198–200.

<sup>108</sup> La elección de esta localidad como lugar de desembarco no fue casual, ya que la mayor parte de Galicia y, desde luego, los principales nobles habían abrazado fervientemente la causa felpista después de la misión de Álvaro Pérez Osorio en 1505. Años después, el conde de Lemos se vanagloriaba de haberle entregado pacificado el reino de Galicia. GARCÍA ORO, J., *La Nobleza gallega en la Baja Edad Media*, Santiago, 1981, p. 339.

Torquemada y no cabe duda de que constituyó una desagradable sorpresa, pues venía a mostrar las intenciones con las que Felipe y sus consejeros llegaban a Castilla<sup>109</sup>. Inmediatamente envió a dos personas de su entera confianza y junto a su consejo elaboró la estrategia de sus relaciones con Felipe, dejar transcurrir el tiempo hasta que se hiciera patente el descontento de los grandes de Castilla por el nulo papel que se les reservaba en el nuevo orden<sup>110</sup>.

Sin embargo, las diferencias no debieron trascender del estricto ámbito de la corte, ya que cada vez iba afianzándose más la unidad de acción de todos los coaligados y en su estrategia de desconfianza convencieron a Felipe de la necesidad de abandonar La Coruña, a la sazón poco acta para la defensa, marchando hacia Santiago y posteriormente hacia tierras leonesas.

Resueltos los problemas, únicamente quedaba ya la realización de las vistas entre suegro y yerno, que tuvieron lugar el 20 de junio en Remesal, una pequeña alquería situada a mitad de camino entre Puebla de Sanabria y Asturianos<sup>111</sup>.

Por fin ambos volvían a encontrarse frente a frente. Según los cronistas sus expresiones eran curiosas, contrastando el rostro alegre de Fernando con el gesto adusto y preocupado de Felipe. Únicamente por cortesía sus principales partidarios hicieron reverencia al Rey de Aragón besándole la mano, tal como narra el famoso episodio recogido por el cronista Bernaldez<sup>112</sup>.

<sup>109</sup> Daba por hecho que la arribada habría de producirse en Vizcaya, en base a las negociaciones con los embajadores de su yerno el día 4 de abril y en las que minuciosamente habían tratado las condiciones del recibimiento, la forma en que debían conducirse todos los que se hallaran presente en tan magno acontecimiento y, desde luego, el trato que debía dispensarse a la reina, dejando para posteriores encuentros la resolución de las diferencias que se les separaban. *Biblioteca Zabálburu*, C. 222 n.º 21.

<sup>110</sup> También se intentó disponer a Felipe con Juan Manuel y fueron partícipes en esta maniobra tanto Veyre como Lachaux. No hay por qué dudar de las conversaciones de Fernando con los embajadores del príncipe archiduque y de que finalmente hubieran llegado a una especie de acuerdo para el alejamiento de este personaje, considerado el principal obstáculo para cualquier concierto. Al mismo tiempo su existencia parece ponerse de manifiesto en las interesantes noticias que refiere Quirini desde la Coruña el 10 de mayo. En efecto, dice el embajador que ese mismo día llegaron Lachaux y Burgo e inmediatamente el primero se reunió con Ville y Felipe. Lo extraordinario del caso, que motivó extensos comentarios entre los que cada día iban engrosando la corte del rey Felipe, radicaba en que a la junta no fueron admitidos aquellos que habitualmente siempre habían intervenido en la toma de decisiones, siendo sin duda la de Juan Manuel la más llamativa de las ausencias. QUIRINI, pp. 211–2. Aparentemente, durante algunos días pareció que la política de cerco contra Juan Manuel daba resultados, ya que se rumoreaba que el rey de Aragón con su gran habilidad había conseguido ganar con promesas a Lachaux, Burgo y Veyre, a través de los cuales habría hecho conocer a Felipe su decidida intención de respetar todos los acuerdos, como confirmaría la llegada de Fuensalida a La Coruña. Mientras esto acontecía, Juan Manuel supo actuar con habilidad, recibiendo nuevos apoyos de los principales nobles castellanos que iban llegando a La Coruña, entre ellos el de Garcilaso, comendador mayor de Castilla de la Orden de Santiago, que constituyó un arma propagandística de primer orden en favor de los postulados de Juan Manuel. Dicho personaje, fiel colaborador de los Reyes Católicos, había labrado su fortuna política y patrimonial al amparo de Fernando, convirtiéndose ahora en uno de sus principales críticos. Su llegada anticipaba apenas en dos o tres días la de otros grandes, nada menos que el duque de Nájera, el marqués de Villena y el conde de Benavente. Las deserciones además ocasionaron un grave incidente, pues respondieron de forma insolente a Fernando cuando les recomendó no ir armados y con gente de guerra al encuentro de Felipe. Finalmente, Juan Manuel supo conjurar el peligro y al menos desde el 15 de mayo, aparece al frente de un grupo poderoso integrado por los principales nobles de Castilla, que deseaban la ruptura completa con Fernando incumpliendo la Concordia de Salamanca. Despacho desde La Coruña de 13 de mayo de 1506. QUIRINI, pp. 215–7.

<sup>111</sup> El desarrollo de la entrevista es bien conocido, Fernando desarmado y acompañado únicamente por el duque de Alba, de algunos fieles caballeros y de los oficiales de su casa real, en total unos doscientos, montados en mulas y frente a él Felipe que llegaba con sus tropas en orden de batalla, con los dos mil alemanes armados con picas y una gran compañía de gentes de caballo, así como los deudos y servidores que habían acompañado a los grandes. ZURITA, J., *Historia del rey...*, VII, v, pp. 28–9.

<sup>112</sup> “Todos los otros grandes e caballeros estaban a defuera y armados todos los más debaxo del sayo las corazas y algunos encima, públicamente... Motejó el rey don Fernando al conde de Benavente, yéndole a besar la mano, lo abrazó y le dixo Conde, ¿cómo os habeis fecho gordo? / Él respondió que andando con el tiempo. E eso mesmo el duque de Nájera dixo ciertas palabras. E dixo al comendador mayor don Garcilaso / ¿Y aun tú, García, también? / Y él respondió / Do la fe a vuestra alteza que todos venimos así”. BERNÁLDEZ, A., *Historia de los Reyes Católicos*, Madrid, 1953, t. LXX, pp. 568–72. Dichas palabras ponían de manifiesto el gran dominio del arte de la política del rey Fernando, disimulando su amargura ante el estado de prostración al que había llegado su política castellana y la traición de los que hasta entonces había considerado sus fieles servidores.

Resulta difícil pensar que Fernando de Aragón hubiera creído en algún momento poder convencer a Felipe y, probablemente, la obsesión por celebrar las Vistas parece haber obedecido a un deliberado deseo de disimular su expulsión deshonrosa de Castilla, convirtiéndola en una simple despedida<sup>113</sup>.

Finalmente el acuerdo adquirió forma documental, siendo jurado por Fernando el Católico en la iglesia de Villafáfila el 27 de junio ante Cisneros, Juan Manuel y Ville, y por Felipe en Benavente al día siguiente. Esta fue la famosa Concordia de Villafáfila, que trataba de resolver los distintos problemas del reino que habían dado lugar a los intensos debates de los últimos tiempos<sup>114</sup>.

En principio parecía y lo era, un acuerdo muy satisfactorio para el Rey de Aragón, pues precisamente el disfrute de las rentas había sido uno de los principales argumentos de la propaganda de sus enemigos. Sin embargo, fracasó en su pretensión de que Granada fuera considerada como bien ganancial de su matrimonio al verse obligado a renunciar a cualquier tipo de reivindicación<sup>115</sup>.

Estos dos primeros puntos fueron los únicos de verdadera trascendencia. El resto era simplemente retórica política a la que ambas partes apenas dieron importancia, como los referidos a la paz y alianza que asentaban, unión y amistad, alianza y confederación perpetua de amigo de amigo y enemigo de enemigo... mutua ayuda para la guerra contra los infieles, etc., que fueron firmadas al mismo tiempo que cada una de las partes continuaba maquinando contra la otra<sup>116</sup>.

La Concordia, había proporcionado a Fernando una salida airosa y el precio que hubo de pagar fue una carta firmada el 27 de junio, que suponía el reconocimiento de la incapacidad de su hija para reinar con un claro alegato contra su estado mental. Lo más grave era que se había puesto de acuerdo con Felipe para impedir que por su persona o inducida por otros, intentara ejercer el gobierno personal de Castilla<sup>117</sup>. El documento suponía la renuncia a su principal justificación desde la muerte de la reina Isabel y el reconocimiento del triunfo de su yerno. Felipe consiguió así de forma oficial el gobierno personal de Castilla sin ningún asomo de disidencia.

<sup>113</sup> A pesar de las mutuas cortesías, las relaciones entre ambos no mejoraron ya que cada uno volvió a su lugar de residencia esperando la redacción de la Concordia que habría de establecer los fundamentos del futuro gobierno de Castilla.

<sup>114</sup> En primer lugar, Fernando aceptaba con toda la retórica propia de la época su derrota política, renunciando a la gobernación del reino y reconociendo la facultad de su yerno de ejercer en solitario el gobierno de Castilla, en el supuesto de enfermedad o incapacidad de la reina. En segundo lugar, resolvía las cuestiones económicas. Fernando vio reconocido su derecho a la mitad de las rentas de La Española y de los nuevos descubrimientos, además la administración perpetua y las rentas de los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara y, finalmente, diez cuentos –millones– de maravedíes, situados en la renta de las alcabalas de los maestrazgos. ZURITA, J., *Historia del rey...*, VII, VII, pp. 39 y ss.

<sup>115</sup> El espacio que ocupaba en la Concordia la cuestión económica y el minucioso tratamiento que se daba a aspectos como la gobernación, provisión de tenencias y beneficios únicamente a castellanos –a cuyo efecto se solicitaba nueva provisión al Papa–, demuestra bien a las claras la importancia de las Órdenes Militares, objeto de las ambiciones de los más caracterizados representantes del bando felipista, que van a quedar completamente defraudados.

<sup>116</sup> Otra cuestión importante fue la referida al mayor o menor grado de cumplimiento de la Concordia, ya que cualquier acto de Fernando que pudiera ser considerado como inamistoso habría de suponer la inmediata confiscación de sus rentas, aunque los pasos en ese sentido se consideraban con gran atención recordando el grado de amistad y confederación que mantenía con Luis XII y que podría suponer la aparición en escena del rey francés (CODOIN), v. XIV, pp. 320-9.

<sup>117</sup> “que la dicha Serenísima reina nuestra hija en ninguna manera se quiera ocupar ni entender en ningún negocio de regimiento ni gobierno ni otra cosa, y aunque lo quisiere fazer será total destruyción y perdimiento destos reynos, según sus enfermedades y pasiones... e que en caso que la Serenísima reina nuestra hija por sí misma o inducida por cualesquier personas de cualquier estado o condición que fuesen, se quisiesen o la quisiesen entremeter en la gobernación e turbar e venir contra la dicha capitulación, que nos ni el dicho Serenísimo Rey nuestro hijo lo consentiremos”. AGS, PR, leg. 56, n.º 27. El bien informado Quirini cuenta que también acordaron que el rey de Aragón no rindiera cuentas de la administración del reino porque a su vez se había obligado –muriendo sin hijos– a dejar Nápoles a Felipe y a Juana. Despacho desde Benavente, el día 29 de junio. QUIRINI, pp. 236–7.



FELIPE EL HERMOSO (detalle). Maestro del sur de los PP. BB., c. 1495. The National Trust, Upton House.

## Felipe I, rey de Castilla

Los planes de Felipe eran muy sencillos y tenían por objeto apartar a Juana haciéndose jurar en solitario en Cortes como rey de Castilla. Los procuradores de las ciudades únicamente habían recibido poderes para jurar a la reina y cuando conocieron la pretensión justificaron la negativa por exceder de sus competencias. Todos ellos, con la excepción de los vizcaínos, decidieron solicitar autorización para discutir la nueva propuesta pese a las presiones de señores y obispos, muy interesados en que los acontecimientos se desarrollaran de acuerdo con sus intereses. La oposición iba a sorprender a la camarilla de gobierno, pues no imaginó que esta institución, de tanta raigambre en la historia castellana, pudiera convertirse en una fuerza política defensora de los intereses del reino y de los derechos de la reina<sup>118</sup>.

<sup>118</sup> CARRETERO ZAMORA, J. M., *Cortes, Monarquía, Ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la Época Moderna (1476–1515)*, Madrid, 1989, p. 206. Desde la llegada a Benavente comenzó a adquirir protagonismo destacado Pedro López de Padilla, procurador de Toledo, que se convertiría en el principal portavoz de los descontentos y en motivo de preocupación para Felipe. Las razones de su actuación no parecen difíciles de comprender ya que era hermano de Garci

Estos hechos irritaron mucho a Felipe y, puesto que no podía llevar adelante sus propósitos por la vía institucional, decidió jugar la opción de los grandes cuyo apoyo se daba por descontado desde mucho antes. Quirini incluso llegaría a decir que fueron éstos los que le impulsaron a dar el paso definitivo de proclamar la incapacidad de la reina para gobernar<sup>119</sup>, pero cuando llegó su turno, el almirante de Castilla se negó porque quería comprobar personalmente el estado de salud mental de Juana y Felipe, bastante enfadado, hubo de aceptar la pretensión en atención a su categoría nobiliaria<sup>120</sup>.

El 12 de julio marcó un hito histórico dentro de las complejas relaciones del matrimonio, ya que Felipe supo aprovechar un momento favorable para conducir a Juana a una sala del palacio del marqués de Astorga, en el que se aposentaban, donde les aguardaban los procuradores de las ciudades. Preguntados por los motivos que les habían conducido allí contestaron que el servicio real les movía a jurarla como a reina y a su marido como rey y señor. La maniobra constituyó una verdadera sorpresa y Juana intentó reaccionar pero las súplicas, bien orquestadas por Felipe y los procuradores, finalmente consiguieron doblegar su resistencia.

Así fue el famoso juramento de las Cortes de Valladolid, en el que los procuradores ciudadanos se limitaron a revalidar lo jurado en Toledo en 1502 y Toro en 1505. Para las Cortes Juana seguía siendo con pleno derecho reina de Castilla, en tanto que Felipe lo sería como rey consorte y heredero el futuro Carlos I<sup>121</sup>. Existía desde luego un común acuerdo entre todos los participantes para resolver los problemas jurídicos que venían planteándose por la negativa de Juana a ser jurada reina de Castilla, al mismo tiempo que las Cortes reafirmaban su importancia con la firme oposición a las maniobras de Felipe para incapacitarla, dejando resuelto el problema sucesorio.

La situación política discurría en Castilla con cierta tranquilidad aunque no sin sobresaltos y el rey Felipe seguía adelante con sus planes, endureciendo las relaciones con Fernando de Aragón para tener argumentos que justificasen sus intenciones de despojar de oficios y honores a las personas de confianza de los Reyes Católicos sospechosos de desafección al nuevo régimen<sup>122</sup> y,

López de Padilla, comendador mayor de Calatrava y uno de los más fieles partidarios de Fernando. Había asistido a las vistas de Remesal, siempre acompañando al rey de Aragón y su actividad era tan notoria que inmediatamente después de la celebración de las vistas le fue ordenado por Felipe que en adelante no continuara con el Rey Católico ni acogiera en su posada a una serie de procuradores contrarios a sus planes para apartar a la reina del gobierno. ALCOCER, P. de, *Relación de algunas cosas que pasaron en estos reynos, desde que murió la reina católica doña Ysabel, hasta que se acabaron las Comunidades en la ciudad de Toledo*, Sevilla, 1871, pp. 6-7.

<sup>119</sup> Con el evidente sabor de épocas anteriores ya superadas los grandes, en una más de sus típicas confederaciones y alianzas, fueron sumando firmas y juramentos al documento que se elaboraba para apartar a la reina. Las crónicas refieren que desde luego no faltaron quienes se unieron de buen grado a la propuesta, en lugar destacado lo más granado de la nobleza castellana, duques del Infantado, Alburquerque y Béjar, el marqués de Villena o el conde de Benavente, al frente de una interminable lista de parientes. Despacho en Valladolid, el 13 de julio de 2006. QUIRINI, pp. 240-3.

<sup>120</sup> La oposición del almirante nada tenía que ver con el bien del reino ni con otros móviles altruistas sino que había nacido del resentimiento, ya que en un esquema tan bien configurado por Juan Manuel y los servidores extranjeros de Felipe los grandes eran vistos con mucha desconfianza, bien demostrada desde el momento del desembarco en La Coruña. El almirante y otros grandes castellanos percibieron muy pronto que su papel en el nuevo orden era prácticamente nulo y supieron aprovechar la oportunidad que se les presentó gracias a las torpezas de Felipe, al coger el relevo de la oposición ciudadana representada por Padilla, saltando a un primer plano para reavivar el conflicto. Gracias a Zurita conocemos bastante bien el desarrollo de la entrevista con Juana. El almirante y el condestable fueron a la fortaleza, siendo conducidos a una sala en la que encontraron a la reina en compañía de Cisneros. Su aspecto desde luego debió ser impresionante, vestida de negro y con unos capirotos que le cubrían casi por completo la cabeza. Durante dos días trataron de convencerla de la necesidad de tener buena relación con su marido, también de entender personalmente en las cosas de la gobernación. Terminada la conversación e interrogado por Felipe, el almirante expresó su opinión favorable acerca de la salud mental de Juana, exponiéndole al mismo tiempo la absoluta necesidad de ir a Valladolid en compañía de la reina para evitar disturbios. ZURITA, J., *Historia del rey...*, VII, X, pp. 54-55.

<sup>121</sup> ZURITA, J., *Historia del rey...*, VII, XI, pp. 59.

<sup>122</sup> Después de los primeros ensayos sin dificultades, pasó a primer plano el alcázar de Segovia ya que a nadie escapaba el simbolismo de esta fortaleza, porque había sido instrumento fundamental para que los Reyes Católicos asentasen la

prácticamente desde el juramento de las Cortes de Valladolid, decidió no respetar los términos de la Concordia de Villafáfila, uno de cuyos capítulos establecía el respeto de oficios y tenencias de castillos y fortalezas del reino<sup>123</sup>.

Por ello realizó cambios que pueden ser considerados revolucionarios en el gobierno del reino –la revolución filipina– y el primer organismo afectado fue el consejo real, destituyendo a algunos oidores e incluso a su presidente y nombrando otros durante los meses siguientes<sup>124</sup>, al mismo tiempo que propició ventas de oficios por alemanes y flamencos, dando lugar a que muchos conversos obtuvieran cargos públicos con el consiguiente descontento popular<sup>125</sup>.

El segundo ámbito de actuación introdujo innovaciones en la propia administración y, singularmente, en los corregimientos. Esta institución, tan prestigiosa durante el reinado de los Reyes Católicos, había iniciado un lento declive desde la muerte de la reina Isabel. Los motivos que agravaron su corrupción eran la negligencia en el desempeño de sus obligaciones, los elevados salarios y la dominación aristocrática de su selección<sup>126</sup>.

sucesión de Castilla. Su entrega al tiempo constituía un agravio evidente al rey Fernando, ya que sus poseedores eran los marqueses de Moya, Andrés Cabrera y Beatriz de Bobadilla, que tan importante papel habían representado durante el reinado de Isabel y a quienes cariñosamente ella había recordado en su testamento, ordenando a sus ejecutores testamentarios tenerles en especial consideración. Debía servir de encierro regio de la reina Juana y los marqueses fueron requeridos para su entrega, pero se negaron, primero con excusas y más tarde preparando su defensa cuando las órdenes se hicieron más apremiantes. Estaban dispuestos a conservarlo por todos los medios y lo abastecieron, firmando alianzas con algunos de los más importantes nobles castellanos, con quienes les unían fuertes lazos familiares. Felipe no podía mostrar debilidad ante tan evidente muestra de rebeldía y se dispuso a ejecutar un castigo ejemplar, ya que la acción de los marqueses atentaba contra la autoridad monárquica y podría establecer un peligroso precedente en el futuro. En los primeros días de agosto envió tropas alemanas al mando del lugarteniente de Juan Manuel para apoderarse de la fortaleza, al mismo tiempo que recogió a Juana en Valladolid y la llevó hacia Segovia, pensando que su presencia resolvería los problemas que pudieran aparecer y más tarde encerrarla entre sus muros. Sin embargo, la regia comitiva no pasó de la villa de Cogeces de Iscar, donde se instalaron en la primera semana de agosto a la espera del desarrollo de los acontecimientos y en ese lugar les llegó la noticia de la rendición de los marqueses y su disposición a entregar el alcázar. Sobre el particular, vid. PINEL Y MONROY, F., *Retrato del buen vasallo, copiado de la vida y hechos de don Andrés de Cabrera, primero marqués de Moya*, Madrid, 1677, p. 312.

<sup>123</sup> No cabe duda que esa forma de actuar encerraba una lógica evidente y respondía a dos motivaciones fundamentales, la primera colocar a personas de confianza en tenencias, corregimientos y otros oficios para mantenerlos a buen recaudo y en segundo lugar, premiar a sus partidarios por los servicios prestados. La entrega de corregimientos –muy importantes en razón de las obligaciones del oficio– y la cesión de tenencias de fortalezas se convirtió en el medio propicio de recompensar a los súbditos fieles.

<sup>124</sup> DIOS, S. de., *El Consejo real de Castilla (1385-1522)*, Madrid, 1982, p. 155. Nuevos oidores harán su aparición inmediatamente después de la proclamación real; el doctor Pedro de Oropeza el 18 de julio, el 20 el doctor Galíndez de Carvajal y los licenciados Polanco, Toribio de Santiago y Miguel Herrero; el 22 el licenciado Múgica; el 11 de agosto el licenciado Fernando de Sosa, e inmediatamente comenzarán sus actuaciones. Los nombramientos en AGS, RGS, 1506, julio y agosto. Los cambios en la administración de justicia no afectaron sólo a la esfera central sino también a la territorial, nombrando nuevos alcaldes de los adelantamientos de León, de Galicia o de Castilla, de las hermandades, de Chancillerías, de Casa y Corte, de guarda, alguacilazgos de Corte, etc. Para una descripción pormenorizada de este proceso, vid. PÉREZ BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J.M., *Ob. cit.*, pp. 238 y ss.

<sup>125</sup> DOUSSINAGUE, J. M., *Un proceso por envenenamiento. La muerte de Felipe el Hermoso*, Madrid, 1947, p. 78.

<sup>126</sup> La problemática de los corregidores no había escapado de la atención de las Cortes de Valladolid ya que existía por parte de las ciudades un evidente deseo de revisar las estructuras administrativas, centrando sus críticas en los ámbitos que afectaban directamente al mundo urbano, al no considerar los procuradores conveniente atacar a los poderosos burócratas instalados junto a la monarquía. Por ello sus peticiones van a dirigirse fundamentalmente a mantener inalterado el dominio político de la oligarquía en el gobierno de las ciudades, frente a la política intervencionista del poder central que atentaba contra sus intereses. LUNENFELD, M., *Los corregidores de Isabel la Católica*, Madrid, 1988, p. 176. Asistentes y corregidores venían siendo objeto de críticas y ataques de las oligarquías como nunca antes se habían producido, utilizando un lenguaje que no dejaba lugar a dudas, “que manden que los corregidores e sus ofiziales de las çibdades e villas e lugares destos reynos en fin de cada un año fagan resydençia e que no se prorroguen los dichos ofizios sin hazer la tal resydençia, y que los escrivanos del número fagan la misma resydençia; porque de la dilaçion de las dichas resydençias se siguen muchos daños e agravios a los pueblos e a la govornaçion dellos, e porque en las leyes destos reynos está ay hordenado e mandado” Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla, t. IV, Madrid, 1882, p. 230, pet. 23, recogido en CARRETERO ZAMORA, J.M., *Op. cit.*, p. 210.

Durante el breve reinado de Felipe I se produjo un verdadero cataclismo en esta institución castellana ya que entre julio y septiembre llevó a cabo una renovación casi absoluta de los corregidores del reino, a los que habría que añadir los gobernadores de importantes territorios<sup>127</sup>.

Desde luego, la conclusión que puede extraerse es que durante el reinado de Felipe I no existió un proyecto de futuro a medio o largo plazo, ni la intención de resolver los problemas que arrastraba la institución. Lo único que parece apreciarse claramente es el cambio de corregidores adscritos a un bando hostil, el fernandino, por adictos, dando lugar a numerosas situaciones que se prolongaron hasta la llegada de Carlos I.

Desde muy diversos aspectos, el más grave de los problemas que hubo de resolver Felipe fue el relacionado con la Inquisición, ya que estaba bien informado por sus embajadores de los abusos en el funcionamiento de la institución y, para tratar de solucionarlos, antes de viajar a España había mandado una carta al inquisidor general y a los padres del consejo de la suprema, ordenando paralizar los infinitos procesos y prisiones en curso hasta que llegara a Castilla<sup>128</sup>.

Al mismo tiempo no conviene perder de vista por su enorme importancia la situación social y económica del propio reino ya que el año 1506 fue la culminación de una serie de años de malas cosechas, que ocasionaron la escasez y la consiguiente carestía de los alimentos, repercutiendo de manera gravísima sobre la maltrecha población<sup>129</sup>.

Por ello, la mayor parte de las disposiciones de gobierno intentaron resolver las insistentes peticiones de personas e instituciones, que solicitaban permiso para llevar trigo a sus lugares mientras se generalizaron las medidas restrictivas<sup>130</sup>.

<sup>127</sup> Hubo sesenta y cuatro nombramientos, de los cuales ocho fueron prórrogas de los mandatos de antiguos corregidores, pero en todos los demás los titulares de los oficios fueron destituidos y sustituidos por otras personas. PÉREZ BUS-TAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J.M., *Op. cit.*, pp. 239-40.

<sup>128</sup> 30 de septiembre de 1505. Bruselas. Carta de los reyes a varios grandes del reino en que les encarga el cumplimiento de la carta patente que enviaron al inquisidor general, arzobispo de Sevilla y a los demás inquisidores para que suspendan el efecto de la Santa Inquisición hasta su llegada a Castilla (CODOIN). v. VIII, p. 336. Sin duda, la más sonada de todas aquellas actuaciones era la del inquisidor Diego Rodríguez Lucero, maestraescuela de Almería e inquisidor de Jerez y luego de Córdoba, que había informado a Fernando de Aragón de la existencia de una vasta conspiración para destruir el cristianismo. Fray Diego de Deza, inquisidor general no supo frenar los abusos de Lucero, mientras la Inquisición recaudaba grandes sumas por medio de las expropiaciones de bienes de sus víctimas. Incluso el propio Lucero llegaría a encausar al venerable arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera, antiguo confesor de la Reina Católica. Felipe tomó a su cargo la resolución de aquellos desmanes al ordenar la deposición de Lucero y el nombramiento de una comisión que esclareciera sus delitos, disponiendo que las causas se vieran en el Consejo Real de Castilla. Garcilaso y Burgo fueron encargados de resolver las acusaciones contra el inquisidor y el arzobispo de Sevilla apartado al tiempo que el consejo general de la Inquisición. Los enemigos del monarca extenderían el rumor de que Felipe actuó de aquel modo por los sobornos que recibió de los conversos. Incluso llegaron a concretar la cantidad en cien mil ducados, pero de tales infundios no existe prueba alguna y, en todo caso, lo que quedó de manifiesto fue la finalización de aquel régimen de terror extendido sobre todo en el sur. Se dice que durante la ocupación del cargo de inquisidor general por fray Diego de Deza, 38.500 personas fueron castigadas, 2.592 quemadas, 896 quemadas en efígie y 34.952 penitenciadas. El 4 de setiembre se procedía a una considerable remoción de la institución con el nombramiento de numerosos cargos, jueces y receptores de bienes de condenados por el Santo Oficio.

<sup>129</sup> Los testimonios coetáneos son abrumadores y describen cómo las masas de desarraigados recorrían en fúnebres cortejos los caminos del reino huyendo del compañero habitual de las hambrunas –la peste–, que continuaba sacudiendo en oleadas sucesivas la Península Ibérica.

<sup>130</sup> En este sentido, la documentación del Registro General del Sello correspondiente a estos meses da cuenta de la gran cantidad de autorizaciones que hubo de conceder Felipe para permitir el tránsito de cereales y, lógicamente, la calamitosa situación del reino acabó influyendo en la corte de los monarcas, pues llegó un momento en que faltaron los recursos. Las dificultades financieras alcanzaron tal estado de gravedad, que los oficiales de la casa real dejaron de cobrar sus sueldos, con la única excepción de la capilla real y los arqueros de la guardia.

## La muerte de un rey

Felipe salió a pasear el 16 de septiembre y más tarde subió al castillo de Burgos. Después de comer con su privado Juan Manuel jugó a la pelota con un capitán vizcaíno de su guardia y, finalizada la partida, empezó a encontrarse mal como consecuencia del agua fría que bebió o, más probablemente, por efecto del sudor mal secado. Sin embargo, prosiguió con su actividad normal durante varios días pese a continuar las molestias, hasta que finalmente tuvo necesidad de llamar a los médicos al sentir fuertes escalofríos<sup>131</sup>.

La evolución de la enfermedad fue muy rápida y estuvo acompañada de terribles trastornos físicos, que permiten suponer una gran complejidad en el proceso que le llevó a la muerte. Al mismo tiempo su estado de ánimo, muy abatido por el estado de las cosas de Castilla, no facilitó la labor de los médicos<sup>132</sup>.

La sospecha de envenenamiento estuvo en la mente de algunas personas, pero su juicio debe examinarse con las correspondientes reservas y ya el historiador Zurita salió al paso de los rumores con unas expresivas palabras<sup>133</sup>.

Sus médicos solicitaron el auxilio de varios colegas españoles y en especial del doctor Gonzalo de la Parra, profesor en la universidad de Salamanca y encargado de la salud del infante don Fernando. El doctor viajó desde Valladolid, examinando al enfermo e intercambiando impresiones con sus médicos y así conoció que el rey después de enfriarse el día 16 se sintió mal, pero lo mantuvo en secreto hasta que tres días después hubo de recurrir a los doctores<sup>134</sup>.

Otro de los médicos españoles que visitaron al enfermo fue el doctor Yanguas, físico del arzobispo de Toledo. Los médicos del rey le informaron de la evolución de la enfermedad y de los remedios para combatirla, pero opinó haber sido una equivocación no sangrarle<sup>135</sup>.

<sup>131</sup> 21 de septiembre de 1506. Carta de Anglería al arzobispo de Granada informando de la marcha de España de Fernando y de que Felipe tenía ligera fiebre después del partido de pelota. MARTIR DE A., P., *Epistolario*, X, n.º 313, pp. 147-9.

<sup>132</sup> Un acta del concejo de Burgos recoge que el rey empeoró la madrugada del día 20, suspendiéndose una fiesta en su honor. Dos días después y ante el agravamiento de su salud, nuevamente el concejo acordó que se hicieran rogativas en todas las iglesias y una procesión hasta la casa del Cordón. Finalmente, el 24 ordenaron “comprar una muy gran hacha de cera para encenderla en la sala del concejo y hacer la vela al señor Rey que estaba en la agonía”. Recogido por FERNÁNDEZ DE RETANA, L., *Cisneros y su siglo*, Madrid, 1929, pp. 379 y ss.

<sup>133</sup> “considerando las cosas que habían precedido y la naturaleza de la dolencia que le acabó la vida tan arrebatadamente, no se dexó de tener alguna sospecha que le huviesen dado ponzoña, pero desta opinión salieron los mismos flamencos sus servidores en cuyo poder estaba. Porque los físicos que él traía, de quién confiaba su salud, que curaron su dolencia, y entre ellos Ludovico Marliano, milanés, que era muy grave y docto varón (y tan acepto al Rey que no solamente tenía el principal lugar en la cuenta de su salud, pero era admitido en cosas importantes que se ofrecían del Estado como uno de su consejo), descubrieron la causa de su enfermedad, y se entendió haberle sobrevenido de demasiado ejercicio y de una reuma de donde se encendió la fiebre de que muchos morían en el mismo tiempo en aquella ciudad”. ZURITA, J., *Historia del rey...*, VII, XXI, p. 74.

<sup>134</sup> En ese momento pudieron comprobar que sufría una fuerte calentura, el día 20, además de calentura y de dolor en el costado empezó a vomitar sangre, el 21 la enfermedad se agravó apareciendo una fuerte inflamación en la garganta, paladar y lengua y el miércoles 23 con el doctor de la Parra presente, el estado del enfermo era ya de extrema gravedad: “por la noche empezó a tener gran dolor en los costados, escupiendo sangre al amanecer, mientras empezaban a salirle manchas pequeñas, entre coloradas y negras, que los doctores llaman blatas, y que se extendieron por todo su cuerpo, una gran infección se extendió por la lengua y paladar, inflamándose la úvula, perdiendo a ratos los sentidos y sobreviniéndole al tiempo terribles calenturas y largos estados de frío... el miércoles... le sobrevino un frío aún más riguroso y después un sudor caliente hartamente copioso en todo el cuerpo, quedando como alienado y con sueño, por lo cual moviéndole los médicos, hacían lo posible por despertarle...” El jueves se encontraba tan mal que el doctor español pidió que se le administrara la extremaunción, y el día siguiente, viernes 25, murió hacia las dos de la tarde. (CODOIN), v. VIII, pp. 394 y ss.

<sup>135</sup> DOUSSINAGUE, J.M., *Op. cit.*, p. 120.

## Los palacios de la monarquía hispana en época de la reina Juana I

ALFREDO J. MORALES<sup>\*</sup>

A pesar de estas opiniones, su muerte se convirtió en fuente inagotable de rumores que perduraron bastante tiempo, concretándose en dos opiniones fundamentales, la de los médicos que estuvieron presentes, con elementos de juicio suficientes para formarse una opinión seria y la del vulgo, es decir, la de las personas ignorantes que sospecharon que podía tratarse de un envenenamiento. No obstante, la primera de ellas se impuso entre las mentes más cultas y la peste es la que goza de mayor aceptación entre historiadores y cronistas. Ya Bernáldez manifestaba ser su mal como pestilencial y posteriormente Zurita igualmente escribió que “adolesió de una fiebre pestilencial”<sup>136</sup>.

La epidemia desde luego había seguido a la corte durante el verano de 1506 y el rey Felipe hubo de instalarse en Tudela de Duero huyendo de Valladolid, donde se habían manifestado casos de pestilencia y, posteriormente, también en Burgos. Incluso la reina hubo de abandonar esta ciudad y más tarde Torquemada, villa en la que la peste atacó a la población con gran virulencia.

También algunos testimonios informan de la vida de excesos del rey en los últimos tiempos, rodeado de jóvenes que le proporcionaban aventuras y le hacían presentes de bellas muchachas, conduciéndole a menudo a lugares disolutos. Muy posiblemente tales excesos y desórdenes, debilitando su organismo, hubieron de predisponerle para el contagio de la epidemia<sup>137</sup>.

Hasta el momento de su fallecimiento estuvo acompañado por su mujer, que en ningún momento había abandonado su cabecera y sólo hacia las cinco de la tarde consiguieron separarla del cadáver, que fue vestido magníficamente y sentado en la sala rica del palacio del condestable, adornada con tapicerías flamencas, en un trono a la usanza de Francia<sup>138</sup>.

Por la mañana llegó el turno de los cirujanos, que rellenaron con perfumes y apelmazaron con cal el cuerpo del infortunado rey y su corazón fue enviado a Bruselas. Finalmente el cadáver fue depositado en un doble ataúd de plomo y madera y transportado por los más fieles de sus criados, –Ville, Veyre, Botton, Juan Manuel y Andrea del Burgo–, hasta la catedral, donde se celebró el Réquiem y sólo en ese momento la reina pudo ser conducida a sus habitaciones<sup>139</sup>. Posteriormente el cuerpo fue depositado en la cartuja de Miraflores, a la espera de su definitivo traslado a la capilla real de Granada.

A LO LARGO DE LOS MÁS DE CINCUENTA AÑOS en los que la reina Juana I ocupó el trono de Castilla se asiste a la consolidación y difusión de la estética renacentista, cuyos primeros testimonios se habían producido durante el reinado de sus padres, los Reyes Católicos. No obstante esta evidencia, también puede advertirse que entre 1504 y 1555 pervivió el estilo gótico, de igual manera que fueron habituales las creaciones mudéjares, por lo que la realidad artística de los territorios castellanos, en particular, y de los integrados en la monarquía hispana, en general, ofrece un panorama rico y variado de opciones y posibilidades, en el que, desde luego, no están ausentes las hibridaciones. La fructífera convivencia de diferentes corrientes estéticas dio lugar a un paisaje cultural excepcional que no encuentra paralelo en ningún otro país europeo. A pesar de ello, esta situación ha originado cierta perplejidad o incluso críticas por entenderla como una falta de comprensión por parte de nuestros artistas y de sus patronos de la esencia del lenguaje clásico que, recuperado por el Renacimiento, se difundía en aquellos años por Europa desde Italia. Tan simplista y errónea visión es producto de un serio prejuicio y de una falta de rigor por entender que sólo aquellas manifestaciones que se adecuan a los modelos italianos son dignas de valorarse, cuando, por otra parte, existen diferencias evidentes entre las que surgieron de forma coetánea en los diferentes estados y territorios que por entonces existían en la península italiana y en las islas adyacentes. Desde una perspectiva más amplia y científica debe considerarse que las diferentes estéticas gótica, mudéjar y renacentista, fueron plenamente válidas y que dependió de razones de gusto o de los intereses de los patronos de las obras el decantarse por una u otra opción. Ciertamente hay testimonios de muchos miembros de las clases sociales dirigentes, caso de los principales funcionarios y alto clero, de la nobleza e incluso de la monarquía que se decantaron por el clasicismo, aunque también es cierto que varios de ellos optaron por cualquiera de las otras dos estéticas en algunas situaciones, sin que por ello haya que enjuiciarlos como trasnochados o apegados al pasado. En cada momento eligieron aquello que más le atraía o que mejor convenía a sus intereses, en consonancia con las posibilidades derivadas del espacio y el tiempo en el que se encontraban. Al respecto baste recordar la actitud del marqués del Zenete, don Rodrigo de Vivar y Mendoza, en relación con la edificación del palacio de La Calahorra. En un primer momento se decidió contratar a los maestros moros zaragozanos Ybraym Monferriz y Mahoma de Brea para que construyeran el patio, los aposentos y restantes dependencias palaciegas, conforme a la estética mudéjar, si bien esta obra no llegó a ejecutarse<sup>1</sup>.

<sup>\*</sup> Universidad de Sevilla.

<sup>1</sup> Véase al respecto MORTE GARCÍA, C., “Pedro de Aponte en Bolea. Y una noticia de La Calahorra (Granada)”, *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, LXVII (1997), pp. 95–112.

<sup>136</sup> BERNÁLDEZ, A., *Op. cit...*, p. 726 y ZURITA, J., *Historia del rey...*, VII, XXI, p. 74. Esta posibilidad tenía todos los visos de verosimilitud, porque ya se han mencionado las condiciones catastróficas en que se desenvolvía el año 1506 como consecuencia de la terrible sequía que, iniciada en el invierno anterior, aún continuaba con su evidente secuela de pérdida de cosechas y de vidas humanas. Testimonios contrastados informan de los avances de la epidemia, prácticamente desde 1502, extendiéndose por toda España con continuas manifestaciones durante los años posteriores, hasta culminar en 1507, al que por antonomasia se definió como Año de la Peste, trayéndose nuevamente a colación el viejo refrán “el año del siete toma tu capa y vete”. BERNÁLDEZ, A., *Op. cit...*, pp. 728–9.

<sup>137</sup> Lalaing menciona que abusaba de su naturaleza creyendo que podía exigirle más de lo que ella podía dar de sí. GARCÍA MERCADAL, L., *Op. cit...*, p. 570.

<sup>138</sup> “todo vestido, como es dicho, con un sayo de terciopelo negro y unas calças de granda coloradas y sus çapatos a la flamenca, de terciopelo negros y una gorra de terciopelo negro, puesta en la cabeça con un rico johiel y vestido encima de todo, de una cota de ray, las cuales suelen traer de los Reyes de Armas”. VALLEJO, *Memoria de la vida de frey Francisco Jiménez de Cisneros*, pról. y notas de TORRE, A., Madrid, 1913, p. 111.

<sup>139</sup> MILLER, T., *Los castillos y la Corona*, Madrid, 1967, pp. 293–4.